

GALICIA

REVISTA REGIONAL

DEL REGIONALISMO GALLEGO EN CUBA

II

Hemos visto en un primer artículo, que lleva el mismo epígrafe de éste, cómo la colonia gallega de la isla de Cuba, desde el punto de vista de la beneficencia y de la caridad, ha demostrado de un modo elocuente y honroso la nobleza y la generosidad de sus sentimientos. A la vez se ha puesto de relieve cuánto puede y qué milagros hace el buen deseo, cuando lo enciende el amor regional y se despoja de recelos, desconfianzas y aislamientos, buscando, por el contrario, en la atracción y en la unión, la suma casi inverosímil de fuerzas que tienen las colectividades, fuerzas en potencia, que sólo esperan el estímulo, el momento y la dirección convenientes, para entrar en juego y para producir asombrosos resultados.

Pero la vitalidad de la colonia, de una singular energía, no podía quedar limitada solamente á hacer obras de caridad, ni es ésta, con ser una de las más bellas manifestaciones sociales, la única y exclusiva. Los gallegos sentían otros deseos, símbolo de necesidades y de aspiraciones no satisfechas. Les precisaba reunirse, conocerse, frecuentar el reci-

proco trato, enseñar los que podían, aprender los que necesitaban, reproducir en esta apartada isla la música, los aires, los bailes y los trajes regionales y, además, protegerse mutuamente.

Esto fué lo que dió origen, lo que creó y fomentó un periódico regional: *El Eco de Galicia*; una sociedad coral: *La Festival*; un Centro de instrucción, de recreo y protección al trabajo: *El Centro Gallego*; una Sociedad coral, denominada *Ecos de Galicia*; un nuevo periódico regional: *Galicia Moderna*; otro más, escrito en dialecto: *A Gaita Gallega*; y, en fin, uno mensual con el título de *Revista de Galicia*.

Dado el impulso, no era cosa fácil detenerse. En su virtud salen á luz nuevas sociedades: *El Cuerpo de baile gallego*, dedicada á ensayar y á cultivar los bailes provinciales; la llamada *Aires d'a miña terra*, casi con los mismos fines del *Centro Gallego* y, últimamente, otra sociedad coral con el nombre de *Glorias de Galicia*. También en otras ciudades de la isla, de que la Habana es la verdadera capital, se constituyeron sociedades corales gallegas y así hay coro gallego en Cárdenas, en Cienfuegos y aun creemos que en Matanzas.

Que existan en las referidas ciudades no es cosa que pueda sorprender; pero que en la Habana se fragmenten de ese modo las fuerzas y que se persigan los mismos fines por dos ó más sociedades que se miran con prevención ó quizá se hostilizan, eso es triste y de deplorarse. Afortunadamente los ánimos se inclinan á la unión y se generaliza el pensamiento de hacer de todas ellas una fuerte y poderosa que satisfaga todas las necesidades; pero sin tocar para nada á los caudales de la Sociedad de Beneficencia, que hasta el presente ha desempeñado su misión de caridad con un celo y un acierto, nunca bien ponderados.

Si esto sucediese, si nos uniésemos de buena fe, si deponiendo pequeñas diferencias, contituyéramos esa gran sociedad, la colonia gallega de la Habana podía prometerse de esa confraternización grandes y provechosos beneficios.

Entre tanto esto no ocurra, justo es que nos ocupemos de ellas, tal como se encuentran en la actualidad y muy particularmente del *Centro Gallego*, la más notable de todas y cuya importancia crece de día en día.

Antes que empecemos á dar á conocer esta próspera sociedad, de la cual se envanecen casi todos los gallegos de Cuba, cúmplenos hacer presente que, si bien el terreno esta-

ba preparado, no por eso son menos dignas de elogio las personas que han fundado estos periódicos y estas sociedades. Es innecesario que citemos sus nombres; son entre la colonia bien conocidos.

Y pasemos á dar una breve idea de lo que es el *Centro Gallego*; de su fundación, carácter y tendencias, de las vicisitudes por que ha atravesado; de su estado actual y de su porvenir, en cuanto se alcance á nuestro modesto juicio.

Fundado en la Habana en 1880, hubo necesidad de largos y penosos trabajos preparatorios, realizados durante la segunda mitad del año 79. Los fundadores se inspiraron en tres ideas cardinales: primera, la de que la sociedad proporcionase á sus socios la instrucción elemental necesaria, para abrirse paso en el camino de la vida; segunda, la de que les brindase honesto recreo y esparcimiento; tercera, la de que protegiese al socio trabajador en la medida de sus fuerzas, cualquiera que fuese el ramo á que dedicase su actividad.

Para satisfacer las necesidades de la enseñanza se creó una Sección de Instrucción y se establecieron clases de *lectura, de escritura, de gramática, de aritmética, de idiomas, de geografía y de historia*, que han funcionado con toda regularidad en los ocho años que lleva de vida el *Centro Gallego*, ampliándose la enseñanza en estos últimos tiempos con aplauso y benaplácito generales. También se instituyeron conferencias orales, científicas y literarias, abriéndose además una biblioteca y un gabinete de lectura.

A pesar de las dificultades económicas y de las estrecheces del local, como instituto docente, el *Centro Gallego* respondió bien á las esperanzas que había hecho concebir su creación.

Bajo el aspecto del recreo y de las distracciones, proporcionadas á sus asociados, se mantuvo siempre y se mantiene á una envidiable altura. Su pequeño teatro se vió favorecido por los miembros de su Sección de Declamación, por aficionados y por verdaderos artistas que han hecho por mucho tiempo las delicias de sus socios. Hoy resulta estrecho el local y las funciones se dan en los teatros. Pero ahora, como antes, sus reuniones familiares, sus conciertos y sus bailes atraían y atraen numerosa concurrencia, y el orden y el decoro resplandecen siempre en todo.

Pero en el importantísimo ramo de la *Protección al trabajo*, el *Centro Gallego* estuvo inferior á su misión. A pesar de que en el primer Reglamentó se creaba una sección, ex-

clusivamente dedicada á este objeto; se instituí una especie de exposición permanente de los productos científicos, literarios é industriales de los socios; se ordenaba que se abriese un libro-registro de ofertas de trabajo de los socios y de demanda de trabajadores de quien quiera que fuese, no se ha podido hasta la fecha llevar á la práctica un pensamiento, de que las anteriores disposiciones no eran sino el germen que, más tarde y poco á poco, brotaría, se iría cultivando y daría al fin pingües y ópimos frutos.

Quizá haya sido debido esto á las dificultades económicas de los primeros años, á la estrechez del local y á que la organización de la cosa imponía algunos sacrificios; acaso también á la poca importancia y escaso valor que la noción del trabajo tiene en nuestros espíritus, en donde están todavía depositados algunos sedimentos de absurdas y caducas ideas. Poco á poco la luz se abre paso y deja ver que en el empleo honrado de la actividad humana están la fuente pura, el manantial limpio y cristalino de la riqueza, del bienestar, de la moralidad, y la característica de todo progreso.

Por lo demás, es fácil comprender y se alcanzan sin esfuerzo las ventajas que en variados conceptos reportaría el poner la gran fuerza que manda una sociedad numerosa y bien organizada al servicio de las aspiraciones siguientes: procurar ocupación al asociado, estabilidad al trabajo, notoriedad á los productos del mismo; relacionar la demanda de trabajo así de la Habana como de toda la isla con las ofertas que hiciese la sociedad; facilitar á los asociados las indicaciones necesarias al mejor y más productivo empleo de su actividad.

Mas no puede pedirse á una sociedad que empieza á vivir y cuyos primeros pasos son comunmente trémulos y difíciles, el brío, la firmeza y los alientos de aquella otra que ha salvado grandes dificultades y tiene la conciencia de su poder y de su fuerza. El *Centro Gallego* pagó el general tributo: sus cinco primeros años fueron muy laboriosos. Y no faltaba el entusiasmo, no, en manera alguna; escaseaban los socios y con ellos los recursos. Millares de jóvenes gallegos que con gusto se hubieran inscrito, como lo hicieron más tarde, se abstenían porque no les era dable estar suscritos al Centro y á la vez á una *Casa de Salud*, á que se suscriben los que arriban á este país como á una garantía y á un escudo contra los peligros de que este clima rodea la vida del recién llegado. Pero en el mes de Agosto de 1885 se acuerda la

asistencia sanitaria, y acuden en masa á inscribirse en las listas del Centro regional. A partir de este momento, queda definitivamente asegurada la vida de la sociedad, que ve abierto en el porvenir un horizonte risueño de prosperidades y progresos.

La idea de proporcionar asistencia sanitaria á los socios del *Centro Gallego* nació con su fundación; pero en estos últimos tiempos tomó cuerpo y se encarnó, por decirlo así, en un miembro de la Directiva del año 1885, hombre de escasa ilustración y tosco, pero de luces naturales y de perseverancia y que dió cima á la idea. Rindamos esta justicia al que, siendo nuestro enemigo personal, no dejamos de reconocerle este gran mérito contraído, y por el que le deben gratitud la Colonia y el *Centro Gallego*. Su nombre es D. Andrés Alonso.

Pasados los primeros entusiasmos de la creación, el *Centro Gallego* que había perdido elementos de valía, que se veía combatido por diversas hostiles tendencias, hubiera venido guarda-abajo sin la fecunda iniciativa, sin el interés y el generoso desprendimiento que por espacio de unos cuantos años desplegó en su obsequio un gallego benemérito, Don José Ruibal y Nieto, que fué su Presidente tres ó cuatro años.

En 1885 es nombrado Presidente de esta sociedad el difunto D. Antonio Rivero Peon. Hombre de una inteligencia clara, de un espíritu recto, animado de la mejor buena fé y accesible á toda idea provechosa y práctica, dió calor y acogida á la de proporcionar asistencia sanitaria á los asociados.

Desde que ésta se acuerda en Junta general extraordinaria, empiezan á nutrirse de un modo rápido y considerable las listas de suscripción y hoy es quizás la sociedad más numerosa de toda la isla. Según la última Memoria, alcanza la respetable cifra de 4.555 socios, y como la cuota mensual es de tres pesos billetes, resulta una entrada al mes de 12 á 13.000 duros en papel, que equivalen á unos cinco mil en oro.

A pesar de que los gastos son crecidos, estos ingresos han permitido atender á todas las necesidades; ensanchar la enseñanza creando nuevas clases de Aritmética superior, Álgebra, Geometría, Trigonometría y Dibujo Lineal; costear entierro decoroso á los asociados que fallezcan en las Quin-

tas, y tener un fondo de reserva de unos 13.000 y pico de pesos en oro.

La situación actual, próspera y de bienandanza, á cuyo frente se encuentra un hombre cuya modestia hace resaltar más sus excelentes cualidades de iniciativa, de tino y de prudencia, D. Fidel Villasuso y Espiñeira, esta situación, decíamos, permite aspirar á empresas de mayor empeño. Se está llamando á las puertas del crédito para construir por acciones un edificio espléndido para la Sociedad, y en breves días la Colonia ha respondido al llamamiento con cuarenta y tantos mil duros en oro. El *Centro Gallego* tendrá, pues, una mansión proporcionada á su importancia, que será como la casa municipal de la Colonia y lo primero que como cosa propia irán á ver los hijos de Galicia, recién llegados á la Habana. La instrucción será completa; la asistencia sanitaria perfecta; la protección al trabajo eficaz. Y, finalmente, los socios gozarán bajo el aspecto del solaz y del entretenimiento, de todos aquellos medios de culta distracción que establecen grato y necesario paréntesis en el tráfigo de los negocios y en el afanar incesante de la vida.

Si tal nivel se alcanza y á tal altura se llega (y todo hace presumir que así sucederá), la colonia gallega en Cuba y particularmente en la Habana ejercerá de rechazo sobre esta sociedad y en honor y provecho de la metrópoli una benéfica influencia, difícil de desconocer. Educando las nuevas generaciones en el santo amor de la patria, las preparará para días de paz moral y de concordia entre peninsulares é insulares, que la generación presente no alcanzará jamás. Este beneficio parece modesto, parece humilde y sin embargo, si hubiese muchos núcleos de atracción y de enseñanza, como el *Centro Gallego*, España se apoderaría de las voluntades, ganaría los corazones y afianzaría por tiempo ilimitado su posesión en esta preciosa isla. Que estos centros regionales, al contrario de lo que algunos creen, por sus especiales condiciones, reúnen en familia á los regionalistas y á sus descendientes, deudos y allegados y los disponen al amor, á la confianza, lazos que no desatan nunca sugerencias, hostiles á la unidad nacional.

Y por último, si la colonia consigue llevar su Centro al desarrollo, de que es susceptible, los gallegos probaremos que con nosotros van á todas partes nuestros usos y costumbres; va así mismo esa intensa afición al saber y ese buen sentido, á virtud de los que resulta, según demuestra la esta-

dística, que hay muy pocos gallegos que no sepan leer y escribir, y que se observen aún en las capas sociales más inferiores, ciertas nociones de carácter elevadísimo, cuales son, entre otras, la del respeto á la ley, la de deponer ante la majestad del veredicto jurídico el propio convencimiento y los impulsos absurdos y feroces del que, convertido en parte y juez, lo resuelve ó quiere resolverlo todo por la fuerza individual, comunmente ciega y apasionada.

Le demostraría también, si esto no estuviese probado hasta la saciedad, que los centros regionales, en vez de separar á los hijos de una misma tierra, son á manera de cables, á través de los que se transmiten la expresión de su fraternidad aquéllos á quienes en la cuna ha alumbrado el mismo sol. Tres hechos culminantes y notables, realizados por el *Centro Gallego* de la Habana, dan á Galicia por modo extraordinario la medida de la intensidad con que es querida por sus hijos, residentes en Cuba.

El 19 de Diciembre de 1880 se fundaba en la Península, la sociedad Española de Salvamento de Naufragos, bajo el patronato de S. M. le Reina, D.^a Maria Cristina. Esta sociedad estaba llamada á prestar grandes servicios á Galicia cuyas costas son tan extensas y ofrecen tantos peligros para los navegantes, y los fundadores, bien inspirados, se dirigen al *Centro Gallego* de la Habana. Este responde noblemente á la excitación, enviando, en 1887, 2,429 pesetas que el Consejo Superior asigna á la Junta de Villagarcía, por ser gallega y gallegos los donantes. Este rasgo del Centro, en los albores de su vida, hacía ya presagiar lo que sería, andando el tiempo, una sociedad que da tal prueba de filantropía y de cultura. El año próximo pasado y ante las desgracias que afligen á las provincias de Orense y Lugo, se pone al frente de la suscripción que abre en Cuba para aliviar tanto infortunio y reúne cerca de diez mil duros en oro que reciben inmediatamente los desventurados á quienes la inclemencia de los cielos había dejado sin pan y sin hogar.

En este mismo año acuerda costear por su cuenta los tomos que faltan de la historia de Galicia que, por falta de fondos para editarla, no continuaba el notabilísimo historiador, Don Manuel Murguía.

Y no sólo esto; contribuye poderosamente á reforzar la suscripción que en favor de Rosalia Castro, moribunda, inicia el *El Eco de Galicia*. Ayuda eficazísimamente al éxito de la suscripción abierta por *Galicia Moderna* para elevar un

mausoléo á los restos de la insigne poetisa y al de la velada que, con igual objeto y por iniciativa de este mismo periódico, se efectúa en la Habana por los gallegos, con el concurso generoso de hijos distinguidos de Cuba y de otras provincias. Intercede, unas veces con éxito y otras sin él, pero siempre con fervoroso entusiasmo, en favor de varios gallegos, condenados á muerte. Se pone al lado de la sociedad de Beneficencia de Naturales de Galicia; tiene una caja para las dádivas de la caridad; celebra una función anual, dedicada á los fondos de los pobres; facilita á la sociedad hermana sus salones para ensayo de los bailes en su función de Julio, su sección de Declamación, que contribuye al lucimiento de la fiesta, y en una palabra, presta á la sociedad de la caridad gallega un concurso, tan férvido y constante, como desinteresado.

No hay idea noble y generosa que se relacione con Galicia ó con sus hijos, que, puesta en contacto con el *Centro Gallego* de la Habana, no haya recibido de él calor, ardiente acogida y adhesión ilimitada. Compuesto en su mayor parte de hijos del pueblo, tiene toda la sinceridad, todos los ardores, todos los entusiasmos, toda la fe y las virtudes de ese héroe anónimo, cuya laboriosidad, cuya perseverancia, cuya cordura y sensatez, cuya sociabilidad y clara percepción debieran ser objeto de aprecio por parte de los extraños y timbre de honor de los propios. Sucede por desgracia lo contrario: los primeros no ven estas buenas cualidades; los segundos apenas las miran.

Tal es, á grandes rasgos descrito, el *Centro Gallego* de la Habana.

Los límites que forzosamente es necesario imponer á este trabajo, impiden que nos ocupemos hoy de las demás sociedades gallegas de la Habana y de nuestra prensa regional. "Si el libro agrada y la edición se vende," quizá escribamos para la revista que lleva el nombre de la tierra á que hace honor, *Galicia*, un tercer artículo en que nos ocuparemos de estos particulares, con la imparcialidad de quien desprecia la adulación villana, tanto por lo menos como estima la rectitud y la justicia.

JUAN MANUEL ESPADA.

Habana, Marzo 24, 1888.



LA TORRE DE HÉRCULES

Para quien dedica su vida y su inteligencia á poner en claro las preciosidades encerradas en los monumentos de la antigüedad, era una obligación sagrada, al encontrarse en La Coruña, ir á examinar todo cuanto encierra en si la *Torre de Hércules*. He leído en muchos autores cuanto de ella se ha escrito y mucho me maravillaba cuanto se la atribuía.

Nada diré de su situación topográfica. Es muy conocida. Tampoco he de repetir lo que sobre el particular han escrito los que me han precedido, pero confesaré ingenuamente que no encuentro en el monumento coruñés nada que á fenicio se parezca. Acaso existiera en tiempos de la dominación romana y Cayo Sevio Lupo lo destruyera. Hoy nada aparece. Lo que como antiguo se conserva y guarda, tiene señales evidentes de ser muy posterior á los tiempos de Claudio, y por lo mismo no dudo en afirmar que sea la misma obra que Cayo Sevio Lupo levantara. La cal extendida entre piedra y piedra es un valiosísimo argumento. ¿Quiere decir esto

que en La Coruña y sus Mariñas no se encuentren monumentos arqueológicos y aun prehistóricos de antigüedad remotísima? Claro que no: todas las comarcas gallegas son un riquísimo tesoro de antigüedades prohelénicas de gran valía, hasta hoy si estudiadas acaso con mucho entusiasmo, desgraciadamente con mala suerte. Villaamil no ha hecho más que estudios superficiales. Murguía no ha entrado en materia. La Granja ha empezado á presentar la verdad. Fulgosio tenía mucho talento, pero se descarrió. Cornide, Sarmiento y demás autores contemporáneos ó anteriores á ellos demasiado bien escribieron, teniendo en cuenta los conocimientos de la época en que vivían.

En los tiempos que corremos ya es otra cosa. La filología es una ciencia gigante. La arqueología nos lleva de la mano con paso seguro. Pero ni la una ni la otra son perfectamente manejadas sin el poderoso auxilio que da el conocimiento de las lenguas antiguas, ya para examinar los textos y comprender el sentido de las inscripciones, ya también para llegar á traslucir la existencia y naturaleza de los lenguajes que se usaron en remotas edades. Meter la hoz en tales mieses, sin llevarla bien preparada, prueba ó que se trata de engañar al prójimo ó que el escritor no tiene vergüenza y crece á fuerza de cinismo.

Quien trate de estudiar á fondo la arqueología galaica sin saber bien el griego, sin conocer sus dialectos anteriores á la forma clásica, perderá miserablemente el tiempo, aunque tenga la fortuna de ganar mucho dinero. Dentro de la ciencia, será un obrero más que nada habrá llevado al fondo útil.

Y téngase en cuenta que aun cuando muchos escritores griegos se hallen traducidos al latín y castellano, servirse de las traducciones es ir derechos al error en muchas ocasiones. Y la razón es evidente. Muchas maneras de decir no se comprenden mientras no se vea todo el alcance de ellas. Y para que éste se obtenga, es menester que la idea encerrada en cada palabra y en cada giro sea patentísima. Hasta hoy, merced á la arqueología y epigrafía, no eran conocidas en todo su valor las costumbres de la antigüedad. Muchos pasajes de los autores griegos y latinos se han considerado ó apócrifos ó enredados y adulterados, y los nuevos descubrimientos han puesto de manifiesto que la ignorancia era la que obligaba á cometer la osadía de tratar de enmendar la plana á los escritores de Roma y Grecia. Pausanias era para

muchos un embaucador y Pausanias, cada día que pasa y los descubrimientos arqueológicos y epigráficos siguen en aumento, crece su gloria, y su veracidad brilla sin nube ninguna que intercepte ó desvíe sus rayos.

Nadie pues habrá de dudar que, á fin de no dejar el estudio de la prehistoria y de los tiempos protehistóricos é históricos de la Coruña y demás comarcas gallegas á media libación, son necesarias la arqueología, la epigrafía y la filología muy bien entendidas y manejadas. Todas juntas suponen poseer las lenguas antiguas, al menos las que son afines á las de las regiones de que se trata.

Otro punto principalísimo y que cae dentro de la crítica histórica. La crítica puede ser interna ó externa. La primera se refiere á la naturaleza misma de las fuentes, á la de los hechos y á todo cuanto atañe al fenómeno histórico, protehistórico y prehistórico. Y la segunda á la autoridad de los escritores que de tales materias se hayan ocupado y ocupen. Algo he dicho referente á la primera y, en cuanto á la segunda, respetando el saber de los escritores antiguos que hicieron demasiado á la vista de los elementos con que contaron, permítanseme algunas indicaciones acerca de los contemporáneos: que son especialmente Fita, Guerra y Orbe, Saavedra y Rada; los cuatro académicos de la Historia, y por tanto, jueces supremos oficialmente. Estos señores han trabajado ó hecho trabajar á sus amanuenses con fortuna material, pero con un perjuicio inmenso para la historia primitiva de España. Todos los cuatro han inventado á capricho lenguas que jamás existieron y menos se hablaron, ni aun *expléndidamente*, entre los Saguntinos.

Los restos de la declinación céltica y celtibérica que nos ha dado á conocer el P. Fita no son más que inventos de una imaginación alucinada. Las lenguas de las Regiones del Sud Oeste de España, celebradas por Rada y bendecidas por Guerra y Orbe (Las Antigüedades de Monte alegre; discurso de recepción del Sr. Rada en la Academia de la Historia) son sueños infantiles, patrañas oficiales, errores de grueso calibre dentro de la ciencia epigráfica y arqueológica. Los descubrimientos que el Sr. Saavedra atribuye al Sr. Guerra y Orbe todos están ó en los manuscritos de la Academia de la Historia ó en los que posee el mismo Guerra copiados de los existentes en los conventos de Granada. Comprobado lo tengo todo en los artículos que publiqué el año pasado en *La Revista de España*, artículos que alabó la prensa de Ale-

mania, Inglaterra, Francia é Italia, y que sorprendieron en gran manera á la Academia Napolitana por cuanto en ello se denuncia y rebate, siempre con un caudal muy poderoso de razones perfecta y escrupulosamente puntualizadas; y, sin embargo, esos hombres *sabios*, continuan protegidos por los ministros y llamados por ellos para juzgar y fallar acerca de lo que ni conocen, ni saben.

No parece sino que algunas academias son centros de contrataciones ilícitas, sociedades de socorros mutuos y casas de Beneficencia para algunos altos señores, bajo la generosa protección del limosnero mayor del reino, D. Antonio Cánovas del Castillo.

Mientras los ministros de Fomento no sepan cumplir con su deber y buscar y tapan á cal y canto sus oídos, mientras no busquen á los hombres aptos para los puestos y no busquen puestos para sus amigos ineptos, todo no será mas que una farsa, más ó menos oculta ó disimulada, pero siempre farsa.

Si Galicia entrega sus antigüedades en manos de *sabios oficiales* estará siempre como al principio. Si Galicia busca en sus hijos los que posee y que son celosos en verdad y llenos de conocimiento, en breve tiempo tendrá su verdadera historia. Si *sabios oficiales* vienen á estudiar estas comarcas riquísimas en datos, las tinieblas caerán sobre esta bendita tierra. *Procul esto, profani*. Y vosotros, naturales de regiones tan inexploradas, decid al forastero, incluso al que esto escribe. *Timemus Danaos et dona ferentes*.

Hoy teneis un ministro gallego, joven, sabio, demócrata, enemigo del elemento histórico retrógrado y absorbente, del elemento histórico perjudicial á España. Buscadle para las mejoras materiales de vuestra cuna, buscadle para las mejoras morales de vuestra alma, buscadle para las mejoras intelectuales, y le encontrareis.

Yo no puedo ni quiero invadir vuestros campos. Ni tengo la debida preparación, ni quiero meterme en casa ajena. Cronista de la provincia de Palencia, nombrado por la Diputación provincial, y por unanimidad, pesan sobre mi obligaciones de trascendencia. Tampoco cuento con el tiempo que se necesita para empresas de tanta importancia. Obligado á trabajar para vivir al día y sostener mi familia, sin auxilio ninguno oficial, y odiado por los *elementos oficiales*, voy caminando para implantar en España los Estudios Orientales, los estudios que ponen en claro lo que fueron los pue-

blos egipcios, ninivitas y babilónicos, los arios, los correspondientes al semita y los que atañen á los pueblos proto helénicos.

Agradecido á vnestra cariñosa hospitalidad, os ruego me permitais dejaros un recuerdo. Y el epigrafista no puede menos de fijarse en el monumento que considero importante, y es la inscripción que guardais al pie de la Torre de Hércules. Así dice:

MARTI
AVG SACR
C SEVIVS
LVPVS
ARCHITECTVS
AELAINIENSIS
LVSITANVS EX VO

Desde luego se echa de ver que es una inscripción sagrada-religiosa. La frase *Marti Augusto Sacrum* (Monumento) consagrado á Marte Augusto lo prueba: pertenece á las votivas. *Ex-voto*. El dedicante fué *Cayo Sevio Lupo*. Y era *Arquitecto*. Este dato es muy notable. Un arquitecto dedicando un *ex-voto* á *Marte Augusto*. Lo que en la Torre se conserva y es un resto de construcción antigua, es construcción romana. En mi opinión, erraría quien considerase semejante resto antiguo un resto ciclópeo. La indudable existencia de la cal viene en mi favor y la índole de la construcción enseña que el trabajo no se remonta ni aun á los primeros tiempos de la civilización romana. Así que no dudo en afirmar que *Cayo Sevio Lupo* fué el que dirigió la obra que hoy en parte se conserva. *Cayo Sevio Lupo* ¿destruiría alguna construcción anterior? No he visto resto ninguno. Ni afirmo, ni niego. La sexta línea creo que dice AELAINIENSIS. Cuantas lecturas he visto varían. Las letras están gastadas y recomiendo al señor Alcalde de la Coruña y á la Comisión de Monumentos sumo cuidado con la inscripción para que no se deteriore más, pues este punto le considero de suma importancia, y la prueba se verá enseguida. La terminación *ensis* indica que el vocablo en cuestión se refiere á la localidad de donde era ó á la que perteneció el arquitecto *Cayo Sevio*. Se decía *Cluniensis*, de Clunia; *Intercaciensis*, de Intercacia, etc.

Luego si se averigua que AELAIA es una población galaica de las que después de la división de la España en Bé-

tica, Tarraconense, Lusitana y Galaica fueron incluidas en la última, se probará con la misma inscripción, que fué escrita antes de la misma última división. A su vez pueden conocerse otros puntos muy importantes. Determinado el tiempo de la última división y conociendo por el valor paleográfico de los signos, por la introducción de la G y CH y por estar unidas la C y la H y la E la C y la T en la palabra *architectus*, por la inscripción de época no remota, se desprendería ser aquella posterior á la división, y la localidad AELAIA, perteneciente á la Lusitania.

Encierra, pues, la inscripción de la Torre de Hércules un dato geográfico-histórico de gran valor. Acerca del particular considero que aun no existía la división en Lusitania y Gallecia.

Respecto á las letras téngase en consideración que Quintiliano ha dejado escrito que la X es *ultima nostrarum* ó sea la última del alfabeto latino, cronológicamente. Cuando vió Quintiliano, es cosa muy conocida.

El deslinde fonético entre la G y la C se coloca hacia el año 500 de Roma. La inscripción tiene ambos signos, que probablemente tendrían diferente sonido.

Réstanos la CH, y no separadas sino unidas las letras componentes. Luego habrá que pasar de los tiempos de Trajano y llegar á la época de Adriano. Y en efecto, ¿no vino después la *división* ANTONINIANA entre los años 139 y 164 después de Jesucristo, después de la primera cifra y antes de la segunda?

Sin embargo, no se crea que en las inscripciones aparece siempre la palabra *Architectus* escrita del mismo modo. También se encuentra así: *Arcitectus*, por lo menos en la inscripción 1216, *Corpus Inscriptionum Latinarum*, tomo I y en la 1614, tomo X: y en estas inscripciones, el arquitecto, en la primera, es un tal *Hospes Appai Servus*: en la segunda *Lucius Cocceius L(ucii) C(occeii) Postumi L(ibertus) Auctus, arcitectus*. *Hospes* es el nombre del esclavo. *Appai* indica el nombre de la persona poseedora. El segundo es un liberto, y ha tomado como era costumbre en la época, imperial el *prenomen* y el *nomen* de uno de sus libertadores *Lucio Cocceio*; teniendo por sobrenombre *Auctus*, que fué el nombre que, cuando era esclavo, llevaba.

Ahora bien, Cayo Sevio *Lupo* sería antes esclavo?

En el momento de grabarse la inscripción ya no lo sería,

porque su *prenomen* y *nomen* así lo indican. Hubiera tenido solamente, *Lupus AELAINIENSIS*.

He dicho arriba que AELAINIENSIS es nombre de localidad y me confirmo en ello; y ahora resulta que para mí este vocablo indica que Cayo Sevio Lupo fué esclavo y esclavo de una población que era AELAIA, correspondiente á Lusitania. ¿Que población era? Hoy lo ignoro. (1) ¿Porqué tomó el *prenomen* *Cayo* y el *nomen* *Sevio*? Tampoco me es dado aquí poderlo explicar. Son cuestiones que trataré cuando tenga á mano los elementos que aquí no tengo y que en Madrid se encuentran en mi casa y en el Ateneo. En las Bibliotecas públicas, menos en la de San Isidro, no hay nada. La Biblioteca de la Academia de la Historia encierra preciosidades; pero que no las encuentran mas que los académicos *universales*, que no las entienden y las guardan como perros de hortelano: (hay que hablar así porque es verdad.)

Todo libro que entra en aquella desdichada casa queda seis meses en reserva para que lo vean algunos inmortales. Después, si está en rústica, pasa á la encuadernación. Después, como no hay índice, no parece y menos si algún académico le tiene en su casa. Y me ha sucedido que, después de todo esto, he pedido libros, (*Las Memorias de la Academia de inscripciones y Bellas Letras de Francia, tomo correspondiente al año 1880*) el que me quiso dar el amigo bibliotecario, y aun estará en rústica, y tuve que limpiar el polvo de los cantos y *pedir* un cuchillo de madera ¡PARA ABRIR LAS HOJAS! Tal es la Academia de la Historia, tocada de cerca, por culpa de unos pocos académicos, de quienes todos hablan mal, pero que en presencia les adulan, porque son buenos intermediarios para recibir confites, en pago de servil y abyecta adulación.

Pero sigamos tapando con tierra las miserias humanas, hasta que un ministro de Fomento enérgico ponga fin á la farsa.

Por lo tocante á la voz *Aelainiensis* haré notar una coincidencia. ¿El esclavo *Lupus*, lo sería de una población? Desde Adriano hasta Commodo los emperadores, unos an-

(1) ¿Y no pudiera ser el pueblo natal del Arquitecto C. Sevio, *Elenes* (Aelainia ó Aelainium, latinizado)? Rogamos al ilustrado epigrafista, que tan felizmente ha sabido interpretar la inscripción de la Torre de Hércules, que estudie con cuidado, y con más elementos á la vista, la significación y etimología de la voz AELAINIENSIS que nadie, en nuestro concepto, ha sabido leer con mejor fortuna.—N. del E.

tes y otros después de su adopción, se llamaban *P. Aelio*, *T. Aelio*, *M. Aelio*, *L. Aelio*. Cuidese muy bien de creer que yo trato de derivar *Aelainiensis* de *Aelius*. Bien sé que *ai* no es lo mismo que *i*, y que la *n* primera es bastante para ser escrupuloso el que escriba, pero también me consta que el libro de Sexto Aelio, cónsul en 198 se llamó *Fus Aelianum*. Luego bien puede ser tal vocablo *Aelainiensis*. (Intercatiensis, Mirobrigensis) una expresión de localidad que diera libertad á su esclavo *Lupus*, arquitecto.

El indicarse en las inscripciones el término *architectus* ó *arcitectus* es muy raro en epigrafía y, sin embargo, se dan dos casos en lápidas de *La Coruña*, lo cual prueba que durante la época romana, en la población correspondiente, eran de importancia las construcciones.

La fórmula *ex-voto* es sumamente conocida. Lo principal se encuentra al principio, *Marte Augusto Sacrum*, (monumentum). Monumento consagrado á Marte Augusto. Y pregunto ahora, ¿es un monumento consagrado al Dios Marte ó á un emperador? A un emperador. En el *Corpus Inscriptionum latinarum* hay muchísimos ejemplos. Y basta fijarse en el epíteto Augusto y en que cuando se trata de una divinidad y no de un emperador divinizado, los epítetos ó calificativos de los dioses son otros. Este punto para mí no encierra dificultad: y el símbolo del emperador debió ser colocado encima de la misma roca en la que se conserva la inscripción. Que clase de símbolo fuera, no es fácil decirlo; así como tampoco puede asegurarse que los huecos que hoy existen en la cima, sirvieran para sostenerle. En estas materias toda cautela es poca.

¿A que Emperador se le dedicó? Esta es otra cuestión grave. En la epigrafía griega hay fórmulas muy sencillas *Theon Kaisara* (al Dios César). *Theon Kaisara é polis* (al Dios César, la ciudad). *Theon Kaisara é polis etimese* (la ciudad honró al Dios César). Y por lo tocante al emperador Adriano, en la Epigrafía griega se le llama *Apolo Dodoneo*, *Pithio*, *Olimpio*, *Eleuthevio*, *Panellenio*. (Inscripciones 6786, 1822, 2021, 1072 del *Corpus Inscriptionum graecarum*.) Y cuando, juntamente con el mismo emperador Adriano, se quería indicar á una divinidad, se hacía por separado, según consta en la misma epigrafía (inscripciones números 2958, 2747, 2866, 2683 etc.) que dicen *Apolloni Didymei Kai Autocrátore Adriano Kaisari Sebasto* etc., etc. (A Apolo didimo y al emperador Adriano, César, Augusto, etc. El ca-

lificativo de *Jupiter Olimpio*, aplicado al mismo emperador, se encuentra también en inscripciones latinas. (Pag. 13, del tomo 2.º, de la *Ephemeris Epigráfica*.)

Estos calificativos eran tomados según los dioses de las diferentes localidades en las que se tributaban tales honores al emperador. Luego es muy natural que tal sucediera en España y, por ende, darle el nombre de Marte estaba muy en su lugar. Queda de este modo determinado el punto cronológico (aproximadamente) de la inscripción y se echa de ver, además, que muy bien se dice *Lusitanus*, puesto que aun no existía la última división, que es posterior á este emperador, quedándonos ahora la duda de en donde estaría AELAIA, ó AELIA. (1)

He dejado escrito que el nombre de Marte estaba muy en su lugar al tratarse de un *ex-voto*, hecho al Dios emperador Adriano, porque eso es el monumento, voto que tuvo por razón el haberse terminado felizmente la obra que dirigiera el arquitecto *Cayo Sevio Lupo*. Así lo hace presumir el monumento mismo; de otro modo, en él se explicaría la causa de su erección, y al omitirse en la leyenda, se demuestra que con mirar á la obra del Arquitecto, se encuentra completa explicación.

¿Pero porqué se denominó al emperador *Marte Augusto* y no *Hercules Augusto*, en consonancia con la tradición?

La tradición de Hércules, por lo menos del helénico, tiene en Galicia hondas raíces. Y en *La Coruña* ha dejado especiales recuerdos. Con posterioridad, en tiempos romanos, Marte y Hércules se confundieron. Véanse los orígenes de Roma por Dionisio de Halicarnaso, y los comentaristas de Virgilio, al explicar el episodio de Hércules y Caco y lo que exponen Mommsen y Duruy en sus historias de Roma, tomo 1.º

(1) El adjetivo de AELIA sería AELIANVS ó AELIENSIS, y el de AELAIA, AELAIENSIS ó AELAIANVS; y si bien es cierto que algunos nombres de parroquias rurales de Galicia, como Alais, Laya ó el Haya, Alon, Allo y Anllones, tienen alguna analogía con el vocablo AELAIA, insistimos, no obstante, en creer menos forzada la etimología y más sencilla la versión apuntada en la nota precedente, de que el adjetivo AELAINIENSIS (Eleniensis) debe derivarse de AELAINA, AELAINIA ó AELAINES—Elena, Elenia ó Elenes—(Helénos). De ser así, Cayo Sevio Lupo, el arquitecto constructor de la famosa Torre de Hércules, nos habría legado cariñoso é imperecedero recuerdo de su patria, y haría remontar á lejanos tiempos la fama de peritos en edificaciones y trabajos en piedra, que gozan los hijos de la comarca pontevedresa. Importante descubrimiento que debería Galicia al distinguido epigrafista señor Martín Minguez.—N. del E.

En los orígenes de Roma, el culto tenía mucho de rústico, agrícola. La *Ara Maxima* en la que se celebraba el culto de Hércules, es el mejor argumento. Este Dios, en Roma, era un Dios campestre de mayor analogía con el Dios Término y con Mercurio que con el Hércules griego; Marte fué también en Roma Dios del campo. Así que, al venir los romanos y al encontrarse en España con el Hércules helénico, le asemejaron al mismo Marte bajo su aspecto de agrícola y guerrero y aun de Dios terminal.

Ahora se echará de ver, porqué el arquitecto dedica el escrito al emperador divinizado y lo hace bajo el nombre de Marte y no de Hércules.

Es bastante lo escrito para que se trasluzca la importancia de la inscripción de la Torre y se vea lo que es en sí la epigrafía y cuantos elementos se necesitan para explicar las leyendas, y cuanta riqueza histórica encierran.

La naturaleza de la piedra, la altura de las letras y el área del rectángulo son cosas muy fáciles y cualquiera las conoce y determina.

BERNARDINO MARTÍN MINGUEZ.

La Coruña 16 de Agosto de 1888.



SILUETAS DEL ULLA

OCA Y SANTA CRUZ.

I

Nunca olvidaré aquel día de dulces y gratisimas emociones. El sol alumbraba con toda su fuerza, como en las abrasadoras tardes de Cuba, y las plantas y los árboles parecían ávidos de su imperial y ardiente caricia: dijérase que las continuadas lluvias y los insufribles cierzos de un verano que se había presentado cubierto de pieles y pisando alfombras de escarcha, aniquilaban su existencia, dando á la naturaleza aspecto de enferma; y que, al sentir el aliento caldeado del sol, tornaban á la vida de las ruidosas alegrías árboles y plantas, flores y frutas, cuanto forma ese mundo delicioso y rico de que es Reina en esta ignea estación la exuberante y pródiga Céres. Las frutas, en consoladora profusión, adornaban los perales y los manzanos; las uvas empezaban á do- rarse en sus apiñados racimos, cubiertos de verdes pampa-

nos y las flores tapizaban los altos muros de las quintas, que íbamos dejando á derecha é izquierda.

¡Qué aspecto tan encantador presentaba aquella mañana el Ulla! el espíritu poético de Rodríguez del Padrón, el infortunado amante de una reina castellana, parecía andar envuelto con el eter purísimo de un cielo sin nube alguna, blanco como la cinta de plata del cercano río, y el valle formaba como ondas de tranquilo y reposado mar. ¡Hermoso paisaje aquél! No tiene la humana paleta colores para trasladarlo al lienzo, ni el cerebro soñador de los Poussin, Theniers y Villaamil concebirían tonos tan suaves y delicados como necesitarían para realizar tan maravillosa concepción artística. Los herbales tenían los marcados cambiantes de la esmeralda, los pinares, con su melancólico rumor, que se elevaba al espacio como una plegaria eterna, simulaban ejércitos detenidos de improviso, alineados y dispuestos á una marcha que no empezaba nunca; los caseríos, blancos y rojos, salpicados á todo lo largo del valle, parecían castillos encantados que atraían los rayos del rubio Febo para consuelo y delicia de las ateridas princesas que los habitan, y los campanarios, en cuya puntiaguda cima se mueve á merced del viento reinante el viejo gallo céltico, estaban allí como los fieles guardianes de la creencia que se extingue, contemplando silenciosamente tanta hermosura y tantos afanes como anublan la vida de los habitantes de la hondonada. El río deslizábase suavemente, haciendo pequeños remansos en las orillas bordadas de sauces, abedules y cañas bravas, y á lo lejos del puente, después de formar un pequeño golfo, caía en una enorme catarata, quebrándose en mil gotas blancas y espumosas, parecidas á brillantes, cuajados de pronto: en una de sus innumerables isletas, en lo profundo de las mansas y transparentes aguas y atado fuertemente á un manzano, por raro fenómeno, todavía en flor, veíase un hombre ahogado; estaba allí de bruces, hociendo contra la arena, agarrado con enérgica actitud á las yerbas viscosas que crecían en el lecho del río y demostrando en su caída espantosa la lucha que debió sostener para salvarse. Un numeroso grupo de aldeanos, vestidos abigarradamente, formábanle guardia que comandaba el Pedaneo de Oca, murmurando al paso de la justicia de la Estrada que debía venir á levantar al muerto. Aquella escena de crudo realismo formaba singular contraste con la plácida que representaba el delicioso valle, más espléndido y bello cuanto más se penetraba en su corazón.

Arnois, Remesar, Orazo, Puente Ulla, Vedra y Sarandon, con sus emparrados frondosos, sus castaños seculares, sus floridos almendros y sus alegres viviendas saludábannos al paso y el *Pico-sacro*, con su cresta de granito, cortada por el pico de algun Titán, miraba con majestuosa indiferencia cuanto á su alrededor se agitaba, sin importarle nada, ni de la muerte que yacía á sus pies, ni de la vida, que se manifestaba exuberante y rica en el cercano valle. ¡Tantas razas y tantas edades han pasado ante él, que no es asombro que todo lo vea incommovible!

II

Serían las doce de la mañana, cuando los amables señores de San Gil y yo con mi familia, penetramos en la espaciosa plaza de Oca. De las casas inmediatas, blancas y ascadas, signo evidente de la observación diaria de un hombre culto, asomaban algunas caras, que se mostraban entre curiosas y sorprendidas, al ver sobre aquella alfombra de fina yerba, que rara vez pisa la gente de las ciudades, un *Ríper* elegante y nuevo, en el cual brillaban los cristales azules y movíanse á impulsos de la fresca brisa las cortinillas encarnadas, y en lo alto de las torrecillas del palacio flameaban las banderas de los nobles Marqueses de San Miguel das Penas, actuales dueños de la hermosa posesión. Con su venia, fácilmente concedida, traspusimos todos los excursionistas el umbral de la gran puerta, y dirigidos por un atento y respetuoso sirviente, fuímos examinando las riquezas artísticas y bellezas naturales que atesora tan linajuda casa.

Cuanto de ella diga resultará pálido: que no es posible en una hora, que fué el tiempo de que pude disponer para ver tantas maravillas, formar juicio exacto. Sólo podré asegurar una cosa: que todo lo que allí ví me encantó; que encontré aquel palacio, y aquellos jardines, y aquellas sombrías carreteras de bojes, que forman bóvedas espesas por las que no penetra ni un rayo de sol, apropósito para que los habitase el amor y la juventud, la elegancia y el buen gusto, la nobleza de abolengo y la aristocracia del arte. ¡Cómo se ensancharía el corazón allí, en donde todo habla al espíritu y las flores y las estatuas viven en constante comunión! ¡Qué

dulces días de primavera para dos almas sensibles y delicadas que buscasen en su propia identificación y en el enlace con la naturaleza, la verdadera y única dicha que existe en la tierra, el minuto fugitivo del plácido goce! Al estrechar la aristocrática mano del respetable castellano de Oca, que supo hacer como un caballero de los buenos tiempos, los honores de su casa, no pude menos de exclamar:

“¡Oh Señor, que hermoso es esto! ¡que dulce paraíso! Dios sabe que quisiera tener la vara mágica del encantador „Merlin, para darle á V., y á su distinguida esposa, la elegante Marquesa, la florida juventud y el fuego sacro que „tenían en sus corazones—antes de la catástrofe.— Julieta y „Romeo.”

Desgraciadamente esto es imposible, y así lo significó el apuesto Marqués que, á pesar de sus años y de su blanca barba, atrae la atención de cuantos le miran, dándome gracias, con una sonrisa, por mi quimérico deseo.

El palacio de Oca perteneció hace muchos años á la casa de Camarasa, una de las más ilustres de Galicia y de ella lo ha heredado la Marquesa de San Miguel das Penas. El escudo que ostenta actualmente tiene su origen de la noble familia de Amarante; y así lo demuestran los dos cuarteles divididos de que se compone, en los cuales se ven los simbólicos peces y los dos lobos en campo rojo. Por una amplísima escalera súbese á las habitaciones altas y lo primero que se admira es una antesala ricamente amueblada, con vistas al interior ó parque, con sillería antigua, cuadros de *sport*, veladores cargados de objetos preciosos y retratos de ilustres y hermosas mujeres. Un busto, en blanco mármol de Carrara, del último Marqués de Camarasa llama la atención en ésta antesala. Está delicadamente hecho: el escultor ha dado á una fisonomía insensible todas las moviidades y energías de la vida y á un rostro helado todos los matices del fuego que enciende las pasiones y colora las mejillas. Parece un caballero del siglo XVI, un aguerrido capitán de tercios, testigo de los heroicos hechos de Pavía y de las memorables campañas de Flandes: atrajo poderosamente mi espíritu, y á su personalidad de inerte estatua, añadí, en un segundo, no sé cuantas galantes historias de la corte en que dominaron como astros, Cristina de Borbón y la cáustica condesa de Campo Alanje, y el difunto Marqués debió representar grande y brillador papel.

Penetramos luego en un departamento caprichoso y ori-

ginal, un salón cuadrado dividido en cuatro retretes, ostentando en cada uno de los frontispicios de sus puertas de entrada, estos rótulos: *Asia, Africa, Europa, América*. Entróme deseo de conocer lo que había dentro de aquellas diminutas partes del mundo y, con permiso de mi *cicerone*, pude observar que el inteligente Marqués de San Miguel tenía en Africa los baños, en Asia los abanicos, los columpios y hamacas en América y los braseros y chimeneas, indispensables en Diciembre, en la valetudinaria y gastada Europa. ¡Dichoso él, que en una humilde aldea del antiguo partido judicial de Tabeirós, puede permitirse el lujo de tener á su alcance las principales regiones del mundo!

Visitamos luego el espléndido salón de recepciones, tapizado de terciopelo rojo, con valiosos muebles estilo Luis XIV, y severamente adornado con retratos de familia; seis ó siete generaciones de Marqueses que se contemplan felices y sonrientes, al ver como su raza se perpetúa y las tradiciones heroicas de su hogar sin mancha se conservan. Bien podrian en tan amplisimo departamento recibir Corte los Señores de Oca y no dejarían de lucir en aquellos vastos corredores, en aquellas galerías inmensas, por las que entra la luz á torrentes, y en aquellas habitaciones, dignas de principes, los dorados collares, las cruces guarnecidas de brillantes, los uniformes de los altos dignatarios, de los victoriosos generales y de los respetables burócratas. Estarian allí, como en el palacio de Oriente, las ricas hembras castellanas y su hermosura, sus escotes y sus valiosos trajes, alcanzarían los ruidosos éxitos del triunfo. El destino no lo quiere así; reina en tan venturoso lugar la diosa misteriosa de las soledades, y cuando se ve á sus dueños caminar agobiados, más que por los años, quizás por el peso de los recuerdos y de las ingratitudes, por las enarenadas calles de sus jardines, piensa uno que atraviesa un palacio encantado, uno de esos palacios que con tanta sencillez como sublimidad han descrito en sus cuentos los hermanos Grim.

¿Será efectivamente todo aquel lujo de flores, de arboles, de plantas, de estatuas, de jarrones y vasos griegos y romanos, de cenadores y galerías de bojes, una obra mágica? ¿Tras tanta belleza natural y artística que embarga los sentidos y deleita el espíritu, ocultaráse el malicioso conjuro de algún inicuo encantador, que por permisión diabólica haya quedado para asombro de este siglo de luz eléctrica y progresos telefónicos?

Tales preguntas hice á mi buen amigo el Sr. D. Jacobo San Gil que me acompañaba en la visita de que voy dando cuenta, y con gravedad cómica me respondió:

—Es muy posible que así sea: cerca de aquí está el *Pico Sacro*, el monte célebre en cuya cima los celtas, pobladores primitivos de este país, encendían sus fuegos lustrales y practicaban sus sacrificios á los Dioses; aquel monte en que los Reyes Suevos se coronaban y juraban, teniendo por testigo el dilatado y azulado horizonte, defender su patria contra las invasiones de los extranjeros y sobre el cual, entienden algunos, que se levantó el castillo de una mujer, famosa por sus aventuras tanto como por su belleza, la legendaria *Lupa*. Pues bien, si se desciende al valle, si se pregunta á los campesinos que nos rodean y que todos le días miran con rencor hacia la montaña, que hay en ella, diran: *Ali estan os mouros*. ¿Y sabe V. lo que explican con esta respuesta? Pues explican su creencia, una viejísima y arraigada superstición; que en el seno del *Pico* habitan moros encantadores que en las abrasadoras tardes de Agosto bajan á las eras por debajo de tierra y hurtan el trigo y el centeno majados, para dar de comer pan de flor á las infelices doncellas qua ha luengos años tienen allí en cautiverio. ¡Ay del olvidadizo labrador que sobre el montón de rubio grano no clava un ramo de laurel bendito! desaparece rále inmediatamente y cuando al siguiente día de la maja vaya á llenar sus sacos, que si quieres; ó no encontrará gota ó estará horriblemente mermado. Esto creese á pies juntillas, como se cree, que de cincuenta en cincuenta años, roban esos fermentidos sectarios de Mahoma, la más linda aldeana del Ulla para que vaya, en los espléndidos subterráneos del monte, cuajados de oro y piedras preciosas, á ejercer de Sultana. ¿No es posible, amigo mío—añadió sonriendo el S. San Gil—que los efectos de los magos vecinos hayan llegado hasta aquí?”

Lo que no es sortilegio ni mistificación, sino realidad tangible, es que los Marqueses de San Miguel tienen una casa confortable y regia, salones para juegos de billar, tresillo, damas y ajedrez, cuartos para fumar, departamentos para baños, holgados é innumerables gabinetes para los huéspedes, y, en una palabra, cuanto puede apetecer el más sibarita.

Yo no sé si esto constituiría á sus ojos una profanación; pero de mi puedo asegurar que entré allí con religioso respeto, en la cámara de la espiritual Marquesa. El lecho era

colosal, lo menos media tres varas de ancho; ¡y que bien debe dormirse en él! Estaba cubierto con una magnífica colcha de raso azul y adornado con figurillas de bronce dorado, amorcillos con las alas desplegadas, jovencitas sonrientes, con los corazones atravesados por agudas flechas y cupidos burlones con el carcaj repleto. Iguales debían ser las camas en que descansaban de sus dulces placeres las damas de la Fronda, aquéllas ante quienes se postraban los Reyes y los humildes abates y por las cuales caían los caballeros, unas veces en los oscuros calabozos de la Bastilla, otras en los abismos siniestros de la Trapa. Inmediato estaba el tocador: el lavabo era de mármol y la palangana y jarro de reluciente oro. Lubin, Pinaud, Bureaux y Atkinson tenían representación en aquel templo de la gracia con sus perfumes, sus jabones, sus pomadas y sus polvos: guantes y flores, fotografías diminutas y preciosos *bibelots* y objetos de arte esparcidos por todos los rincones, era lo que se veía en aquella alcoba: en la bruñida luna de la puerta de un escaparate de palisandro, retratábase una Venus sorprendida en el baño, castamente velada por plegada y tupida gasa, y en un rincón atraía las miradas un confidente de mullido asiento, testigo silencioso de mil escenas íntimas: sentíase allí el atrayente y singular perfume de la mujer del gran-mundo, esa esencia que por lo suave y fina embriaga, y la atmósfera estaba impregnada de enervantes emanaciones.

¡Qué rudo contraste experimenté cuando de pronto y casi sin andar más que treinta pasos, me encontré en la sala de los arreos! Atrás, la poesía, la elegancia, lo que seduce á los espíritus superiores y agrada á las naturalezas delicadas; delante, lo prosáico, la rudeza, lo que constituye el imperio del hombre sobre el caballo. Colgadas del techo, en las paredes, en los ángulos de la habitación, sobre grandes y largas mesas, veíanse frenos de plata y de duro y cincelado hierro, de formas raras y caprichosas, espuelas de todos tamaños, sillas mejicanas, árabes y españolas, látigos de mango dorado, fustas que debían ceñirse á la piel con anhelo rabioso, y estribos de todas las épocas. El Marqués de San Miguel tiene un almacén de efectos y guarniciones, propios para montar, en su palacio de Oca; verdad es que sus ocho coches y seis caballos requieren todo aquel lujo de talabartería.

Ya en los jardines, pude admirar la profusión de flores que en el crecen: claveles, gardenias, pasionarias, magnolias, perpétuas, margaritas, jacintos y pensamientos brota-

ban por todas partes, enviando á la atmósfera, en la que vibraban átomos de fuego que engendraba un sol abrasador, olores que hacían experimentar cosquilleos en la nariz y amorramiento en el cerebro: un amarillo girasol, de enormes dimensiones, enfrentábase con el encendido hijo de Latona, sin temer á sus rayos ni á sus iras, y una violeta, humilde y oscura, temblaba en un rincón temerosa de que alguna mano salvaje la arrancase de su tallo. Mi piedad por las flores, las sinceras amigas del hombre, veló por su existencia y allí queda, en su apartado retiro, hasta que los cierzos de Octubre vengan á hierirla.

Al pie del estanque, cuyas aguas tranquilas y verdosas tienen la intensa frialdad de los lagos de Siberia, estaba puesta la mesa para almorzar. El Sr. San Gil, que sabe hacerlo todo admirablemente, aprovechando la amorosa sombra de unos esbeltos castaños de la India, bajo cuyas ramas podía cobijarse un regimiento, hizo tender el blanco mantel sobre una mesa de piedra, coetánea del primer conde de Amarante; y al rítmico caer de las aguas en el estanque, escuchando las melódicas notas de los pardillos y de los jilgueros y el pitar incesante de los estorninos, empezamos la gratísima tarea que tanto embelesaba á Lúculo y seducía á Hellogábalo. Y en verdad que aquel almuerzo podía compararse á los festines romanos: ¡tan abundante y rico era! Faltábannos las bailarinas esclavas y los parásitos decidores de gracias y chascarrillos, pero teníamos enfrente un panorama sin igual, una naturaleza exuberante, una temperatura tropical, y en los corazones una alegría honesta y purísima, que parecía trasmitirse de la tierra risueña y feliz á nuestros satisfechos espíritus. Esto compensaba aquello.

Las sabrosas tortillas de merluza y el vino de la bodega de la señora viuda de Terrazo, superior al Burdeos, conmovieron hondamente, desde su aparición en escena, á mi buen amigo el Sr. D. Daniel Rey—uno de los expedicionarios—causáronme á mi no menos impresión y entre los dos establecióse un pugilato ó torneo contra aquellos comestibles en el que, lo confieso con rubor, fuí vencido por mi compañero y querido adversario.

Nada echamos de menos en aquel banquete improvisado: la solicitud piadosa del Sr. San Gil lo había previsto todo y, cuando llegamos á los postres, vimos aparecer, con júbilo de aficionados, la niquelada cafetera. ¿Cómo pudo confeccionarse la excitante y agradable bebida en aquel lugar combatido

por la brisa y abierto á todos los puntos cardinales? No lo sé: lo cierto es que nuestro anfitrión presentónos en tazas de fina porcelana un aromático café, y en vasitos de cristal de Bohemia un ron mayor de edad. Dios se lo pague. De esos días plácidos entran pocos en la cuenta, y cuando se rinde, en el Océano de la vida, la postrera singladura, siempre se recuerdan con satisfacción.

Levantámonos de la mesa cuando un paje de S. E. se presentó en su nombre á ofrecernos café y habanos. Agradecemos la cortés invitación y sólo aceptamos los últimos.

Emprendimos entonces nuevamente la ruta por la regia posesión y atravesamos los hermosos paseos de la parte oriental, escasos de arbolado por el gusanillo que lo ha destruido completamente hace dos años: bajamos resbaladizas pendientes, sin que el rayo del sol nos hiriese, gracias á los emparrados, y penetramos en las calles de bojes, interminables, sombrías, silenciosas y por entre las cuales tantas veces han discurrido el amor y la pasión de sus muertos dueños.

Bajo estas sombras áticas, verdaderamente griegas, ha paseado sus melancolías y sus recuerdos uno de nuestros primeros nobles de la presente edad, el que más ha influido, sin duda alguna, en los destinos de España, durante el reinado del nunca bien llorado Alfonso XII, el ilustre Duque de Sesto. Cabe estos estanques de aguas muertas, y en medio de estos jardines, llenos de heliotropos, pensamientos y majestuosas hortensias, presenciando los tiernos arrullos de las palomas y de las semi-civilizadas tórtolas, ha venido á buscar, el gran amigo del buen Rey, sosiego á su agitada vida, paz y calma á su dislacerado corazón. ¡Ah! creen algunos que los grandes personajes no sufren contrariedades; que todo lo allana su posición y su riqueza; que la felicidad y la ventura son sus esclavas irredentas. ¡Qué lastimoso error! Ellos también son víctimas de la infame celada de la envidia; en su camino siémbrense flores, pero en medio deslízase la víbora que los muerde y su corazón no siempre alcanza lo que apetece. ¡Cuántos cambiarían su suerte, más de una vez, por el oscuro y humilde menestral que los mira con asombro!

En este paraíso estuvo también la Sra. Pardo Bazán, el primero de nuestros novelistas españoles, y sobre la mesa de lectura de la Marquesa de San Miguel tuve ocasión de ver, flamante aun, pero con las hojas cortadas, los dos tomos de *La Madre Naturaleza*. Supe que se leían todas sus obras

en aquel recinto y que en él se conservaban gratísimos recuerdos de la eximia escritora.

Nuestra última visita fué para la Capilla, un pequeño templo cargado de riquezas y lleno de luz. El San Antonio que se venera en su altar mayor, es una obra de arte: sus labios parece que van á proferir la frase que pende de ellos y sus ojos miran con amor sobrenatural al sonriente niño que lleva en sus brazos. Dícese que un inglés, aficionado á cosas de mérito, ofreció por este Santo, diez mil duros; por cierto en época en que sus actuales dueños, que jamás habían visto su palacio de Oca, se disponían á venderlo por ocho mil. En la pared del Sur, cerca de la escalera que comunica el patio con la tribuna, hay un gran cuadro al óleo de San Rafael: el dibujo no es muy correcto, pero el color es inmejorable; firmalo *Inés*, y según pude averiguar, esta *Inés* pintora es una aristocrática señorita, sobrina de los Marqueses de San Miguel. Como yo no lo he visto, no puedo afirmarlo; pero los entendidos aseguran que la Capilla de Oca, es una copia diminuta del Escorial.

III

Cerca de las tres serían cuando dejamos á Oca, perturbada un momento en su calma habitual, por las sonoras carcajadas de las lindas hijas del Sr. San Gil, que no se cansaban de expresar su admiración por cuanto veían.

Volvimos á cruzar el camino real, que despedía chispas de fuego al rudo contacto con las ruedas del *Riper* y las herraduras de los caballos, y otra vez se nos presentó el Ulla, majestuoso y tranquilo, deslizándose entre floridas riberas y olvidado de las trágicas escenas que, como la de la mañana, le ponen á menudo en evidencia. El Juzgado de la inmediata villa había cumplido ya su cometido, y el ahogado descansaba en el seno de la madre tierra, calentado por el sol de Agosto.

La impresión recibida al llegar á Santa Cruz fué un tanto desagradable. Una mala puerta de madera, sin desbatar, toscamente compuesta, nos facilitó la entrada; pero un perazo enorme nos enseñó sus blancos y formidables dientes. Creí que no podríamos entrar en aquel vasto cementerio, en

aquella soledad amedrentadora. Por suerte presentóse una mujer desmañada y pobremente vestida, que debía pertenecer á la servidumbre de la casa, y aquietó el mastín. Dijonos que el señor Marqués estaba en Vigo (esperando sin duda á Pidal) y que si prometíamos no causar destrozos en la finca, se nos dejaría verla. Nos tomaba, á pesar de nuestras ropas urbanas, por una turba de beduinos: juramos respetarlo todo, no probar ni la fresca agua que reclamaban nuestras reseca-das gargantas, y á tal precio nos fué permitido penetrar en los jardines y recorrer toda la finca.

¡Cuán verdad es que no debe juzgarse por las apariencias, y que, muchas veces, bajo una mala capa se esconde un buen bebedor!

¡Qué jardines, qué bosques, qué sombrías alamedas, qué profusión de robles, encinas, castaños, eucaliptos, bojés y frutales! ¡Qué saltos de agua tan deslumbradores! ¡Qué cataratas, qué hondos abismos, qué barrancos amenazadores y profundos! ¡Qué alfombras de hoja y musgo! Aquello es sublime, no hay nada igual ni comparable. Allí está sola la naturaleza, obrando por su cuenta, sin que la mano del hombre modifique nada, desarrollándose la flora en una libertad anárquica y no hollando aquellos terrenos, húmedos en Julio por la falta de sol, otra planta que la del animal.

Causóme terror aquella hondonada misteriosa, por entre cuyos cortes y abismos pasaban turbulentamente las aguas que venían del estanque, y sentí frío en la espalda al contemplar las ramas enormes de las grandes encinas cubiertas de bello verde, como brazos de gigantes, y caídas siniestramente al tremendo empuje de la descarga eléctrica.

Mirando todo aquello por vez primera, dije á mi memoria. ¿En donde he visto yo este bosque, estos jardines y esta naturaleza tropical con todos sus claro-oscuros, sus matices, sus horrores y sus plácidos escondrijos? Estas estatuas de viejos caballeros sin brazos, estas cabezas de esfinges interrogadoras, estos puentecillos de madera sin barandas, que hacen temblar de espanto al que los cruza, estas cascadas con hilos de verdosa agua, esta muerte y esta vida prodigiosa ¿en donde los he contemplado? ¡Ah! sí, en una obra de Zola, en *La Caída del Abate Mouret*: éste es el *Paradou* tan admirablemente descrito por el rey de la novela contemporánea, aquel lugar de delicias en que el casto sacerdote, enloquecido por el acre perfume de la tierra y la poderosa atracción de la carne, vivió durante algunos meses la exis-

tencia íntima de la naturaleza. Si, eso es el viejo y encanecido palacio de Santa Cruz.

Cerca de la fuente de Jovellanos, una fuente que trae el agua helada, y sobre la mesa que sirvió para escribir sus últimas obras al sabio autor de *Pan y Toros*, comimos aquella tarde. Al acabar—y con permiso del jardinero—María, Elena y Lolita San Gil entraron á saco en los jardines de Santa Cruz, formando con las flores recogidas dos lindos *bouquets*, uno de los cuales perfuma aún mi habitación, á pesar de que palidece y se marchita por instantes.

W. A. INSUA.

La Coruña Agosto 7, 1888.





DON MANUEL CURROS ENRIQUEZ

Ha nacido para la lucha. Así como del golpe del eslabón sobre el pedernal brotan chispas de oro en brillante cascada, así del choque de opuestas circunstancias que informan el proceso de nuestra vida literaria, brotaron los versos de Curros, vestidos con todas las galas del lenguaje y armados con lanza y escudo, á un tiempo arrullo é imprecación, canto de guerra y gemido de dolor, dulces y enérgicos, amorosos y batalladores. Su lira posée todas las cuerdas y á su dulce son canta ya la placidez serena de animadas escenas campesinas que describe con mágico encanto, ya la ardiente lucha de pasiones y sentimientos que al presente nos agita. Con la misma facilidad con que domina todos los asuntos, maneja todos los metros, y precisamente esta facilidad maravillosa amén del nervio poético de todos sus cantos, han hecho que se le aclame sin reservas como uno de los pocos soberanos de la poesía gallega.

Esta le debe no poco. Gracias á él y á Rosalía atravesó el Sil y extendió su fama por España entera. La traducción

que Chaves hizo de la *Igrexa fria*, aunque bastante defectuosa, fué leída y comentada con avidez por todos los públicos españoles. El nombre de Curros contribuyó poderosamente á despertar en los literatos de las demás regiones el deseo de aprender el gallego para leerle en su idioma, y hoy, no hay nadie que, siguiendo el movimiento literario aun de lejos, no conozca las poesías de Curros Enriquez y no las tenga en tan alto grado de consideración como las de los primeros poetas de otros países.

Nadie puede dudar del mucho mérito de Curros, ascendido á la más alta gerarquía literaria por sufragio universal, cumpliéndose en él la que parece ley que rige la existencia de nuestros grandes maestros; Rosalía, Pondal y él. En efecto, ninguno de los tres ha corrido detrás de la fama para sujetarla por la suelta fimbria de su ligero manto que el viento agita: todos tres han vivido y viven (hecha lamentable excepción de nuestra insigne poetisa, que duerme para siempre en brazos de la inmortalidad) alejados del ruido del mundo, encerrados en su existencia modesta, pretendiendo anularse ante su público de devotos para todo lo que sea recibir honores y plácemes, y encerrándose en sus solitarios hogares que ningún extraño profana, desde los que derraman sobre Galicia, como lluvia de perlas, las sonoras cadencias de sus versos, que parecen armonías celestes. Ninguno de ellos es rico en bienes de este mundo, y todos tres han dado á Galicia una riqueza máspreciada que el oro: la honra que le reporta tener hijos tan ilustres: y, por último, todos tres han recibido las mismas heridas, ganadas en el combate; y en la vida de todos ellos, entre los laureles plantados á la puerta por la admiración de sus paisanos, ha hecho su nido la amargura eterna que parece ser patrimonio de los que han hecho un pueblo. Curros, amante de su patria, vive alejado de ella: Curros, amante de la poesía, vive sujeto con ligaduras de hierro á la prosa aplanadora de la vida del periódico, monstruo insaciable que todo devora; salud, energías, altos pensamientos; y así, sujeto á un trabajo diario que tiene de fatigoso lo que el trabajo de los antiguos esclavos, siente la amarga nostalgia del desterrado que vive siempre con la pena de no poder escapar de su prisión, extendiendo en el aire sus hermosas alas de pájaro. El no está en Galicia, pero Galicia está en él. Su amor late, vivísimo y ardiente, en lo más hondo de su corazón, y para ella son los más secretos afanes de su alma siempre soñadora, de sus desfallecimientos,

de sus horas negras. En una de éstas fué pasto del fuego aquella su colección de poemas gallegos, titulada *Brétemas*, sobre cuyas cenizas llora nuestra poesía regional lágrimas inextintas. ¡Ah! sólo Dios y el que las pasa saben cuán amargas son estas horas de absoluto desfallecimiento en que el poeta reniega y maldice de sí propio y de su gloria, y con sus mismas manos destruye sus versos, que es lo mismo que arrancarse un pedazo del alma y echarla al fuego, y verla arder! Después, aunque el tiempo pase y la herida se cicatrice y los años transcurran y nuevos dolores nos hagan olvidar el dolor pasado, no se pueden convertir los ojos á aquellos leños calcinados de la hoguera extinta y helada, sin sentir que ella ha destruído para siempre un pedazo de nosotros mismos.

Su historia es de ayer y su gloria es eterna. Posterior á Rosalía, á quien debemos nuestra poesía, que ella sacó de la nada; posterior á Pondal, (hablo sólo de los que han vivido lo bastante para alcanzar la plenitud de sí mismos), Curros está fuera del suelo que nuestro Murguía llamó de *Los Precursores*. Curros vino al mundo literario cuando nuestra poesía era ya núbil doncella que, armada, se había hecho lugar honroso entre los que (que ya los había) renegaban de ella y trataban de sepultarla de nuevo. Cuando el combate estaba iniciado ya, cuando por todas partes se oían los himnos de las victorias que se iban obteniendo, entonces fué cuando Curros vino á la arena al frente de todos los soldados de hoy, que manejan las espadas ennoblecidas en la mano de los héroes de ayer. Apenas apareció, todos le rodearon y, aclamándole, le alzaron sobre el pavés y le hicieron caudillo de la legión nueva; desde entonces, la espada y el cetro fueron para Curros una misma cosa, por que no podían ser otra, por que no se combate agitando el ligero tirso cuyo alegre ruido se escucha con deleite sólo en las fiestas de la paz. Tal vez fué mas lejos de lo que debiera y, cegado por el ardor del combate, estime enemigos á los que debiera respetar; tal vez extreme contra ellos sus ataques, obedeciendo acaso á una secreta ley que haya informado esta primera etapa de su vida que se condensa en su libro *Aires d'a miña terra*, en su novela *El Tributo de Sangre*, en sus perdidas *Brétemas*, pero sobre todo en el primero de los libros citados. Su significación y su importancia condensan la significación y la importancia del autor. Vivo, inspirado y caliente en su estilo, realista en la mas genuina acepción de este vocablo, tiene el secreto de

conmover ó arrebatarse el ánimo del lector. Curros tiene fe sincera y ardiente, defiende sus creencias y ataca las contrarias con fiera leonina, de frente, á pecho descubierto, exponiéndose sin titubear á los tiros enemigos: va derecho á su fin, y nada le detiene, ni nada le importa. La palabra usual tórnase en sus labios enérgica y precisa; la enérgica, dura; la durapunzante y demoledora: por eso el gallego en sus labios ha acentuado sus tonos de pasión y la lengua del enamorado y dulce Macías, manejada por él, tórnase en ocasiones ronca como el sonido de la trompa épica, ó atronadora como el agitado doblar de una campana que toca á rebato. En la indudable melosidad de su idioma ha encontrado, como nadie, acentos arrebatadores, capaces de arrastrar al pueblo en pos de sí, congregado á su voz, poderosa como la de un titán que llama á sus hermanos á la conquista del Empireo. Por esto, por que está en la plenitud de sí mismo y tiene la conciencia de sus fuerzas, le amargó más la herida, punzóle la contrariedad y, extremando sus convicciones, llegó desde la obstinación del apóstol á la exageración del sectario. Vióse corregido, y se revolvió con ira contra su corrector; creyó que se le declaraba la guerra, y la aceptó con orgullo, sintiéndose allá adentro capaz de sostenerla, por muchos y poderosos que fuesen sus enemigos, y de esta mala disposición de su ánimo nacieron más tarde sus ataques encarnizados, sus versos que manan sangre y atropellan y hieren y contunden y flagelan sin piedad y con furor reconcentrado. Aun en esta especial *tessitura*, que hay que desengañarse, no es su manera de ser, aun en esta extrema pendiente, en la que agota contra sus especiales antipatías el vocabulario de las más enérgicas reprobaciones, no descende de su altura de gran poeta, y produce versos tan llenos, tan vigorosos, tan bellos, con siniestra belleza, como los que titula *O Vento...* que Curros quiso hacer humorísticos y no hizo sino impregnados de una grandeza trágica tal, que no les he hallado par en ninguna moderna literatura. Curros es, en nuestra literatura, el poeta de lo que se ha dado en llamar, con frase más ó menos bruta, la nota moderna, pero no (en sus poesías está la prueba) la nota antireligiosa. Las que dieron origen á que el vulgo lo aseverase así, sólo son desahogos aislados que se salen de su carácter poético. Más que contra instituciones, se revuelve contra personas, y mas que contra los dogmas, que al fin y al cabo ninguno niega directa ni indirectamente, contra interpretaciones de los mismos, que no respeta, ni estima justas.

No es, pues, antireligioso Curros, ó mejor dicho, no se propone Curros atacar la religión. Y á pesar de esto, pasa por antireligioso y tiénesele por ateo, por hereje y por escéptico, cuando Curros, á mi ver, no es tales cosas, aunque en determinadas ocasiones haya dicho verdaderas herejías. No, no es esto Curros, sino algo diferente en esencia. ¿Quién ha calculado el sendero que seguiría, si, al comenzar los albores de su fama, no se hubiera distraído su atención con las incidencias de su ruidosa causa, y si desde entonces se le hubiera sustraído á los múltiples disgustos que acibaran sus días? Después de la formidable explosión que sus disgustos y sus odios, sufridos y concebidos en largos años de su existencia afanosa, después de la explosión que estos días conmueve nuestro mundo literario, ¿quién sabe si, monumentalizadas, como diría Alarcón, estas pequeñas cosas, y libre Curros de su peso, seguirá desembarazadamente y con nuevo brío, en él jamás apagado, la senda luminosa que le llevó á la cima? No es posible juzgar hoy por entero á nuestro poeta: todavía tiene mucha vida por delante y una misión muy grande que llenar. El dirige á la hueste joven, que recita de memoria sus versos con tanto entusiasmo como la generación anterior, en toda España, los de Espronceda. Y si Curros falta, no hay nadie que le sustituya, aunque hay algunos, y de no pocos alientos, que le siguen. Aun hace pocas semanas he visto algunas de las magníficas acuarelas á una tinta con que Manuel Angel está ilustrando un nuevo libro de Curros que aparecerá en breve, *El Maestro de Santiago*, en el cual veremos al poeta tal como él es, siguiendo libérrimamente el vuelo de su fantasía, en una obra toda espontánea y libre de influencias exteriores, y tras éste, confío que hemos de ver otros que hagan brillar con resplandor aun más vivo la dorada aureola del poeta.

¿Cuál es el puesto que ocupa en nuestra literatura? Lo he dicho ya. Curros es el caudillo de nuestros jóvenes poetas, es el que la mocedad gallega lee con más entusiasmo, por que parece que en sus versos bulle y alienta cierto fuego que enciende la sangre y despierta en el cerebro un brillante remolino de ideas á través de las cuales se vislumbra la dorada perspectiva de un porvenir encantado, con el encanto de lo desconocido. Las emociones de la guerra, las gratas dulzuras de la paz, esa pasmosa elasticidad con que las imaginaciones juveniles se sienten irremisiblemente seducidas, lo mismo por la parte grata de la existencia que despierta con

nosotros el deseo de entregarnos á dulces sentimientos, que por las asperezas de la vida que nos impulsan á acometer empresas difíciles y levantadas, tras de las cuales no se busca más premio que la satisfacción de haber vencido, de sentirse fuerte y animoso, todo esto late en los versos de Curros y le ha asegurado la jefatura, por decirlo así, de la juventud de Galicia, que se ve subyugada por quien también es joven y tiene todos los sublimes anhelos y los bríos de los que serán dueños del mañana. Ante ellos se abre un nuevo ciclo en que emular las proezas de los que ya conquistaron un jirón de gloria en que envolverse; ellos serán los que lleven la poesía gallega por los nuevos derroteros que las actuales tendencias señalan á todas las artes; ellos los que coronen el edificio que tantas víctimas ilustres ha costado, los que lleven á la plenitud nuestra poesía regional. Curros amamanta á sus pechos esta legión brillante de poetas, que en sus versos beben el misterioso encanto de sus poesías, encanto sólo comparable al de algunos viejos poemas escandinavos, y ese vivísimo sentimiento de independencia que trae á la memoria el de los campesinos sardos. Los versos de Curros (los gallegos) están por completo libres de influencias extrañas, son por completo de la tierra á cuyo amor nacieron y cuyo amor anima cada una de sus estrofas. Y este amor pone en ellos tales acentos de verdad, tan poderosa fuerza descriptiva, tan amable encanto, que así como las novelas de Pereda despiertan el deseo de hacer un viaje á la Montaña, así los versos de nuestro poeta producen en quien los lee vivo afán de conocer la tierra cuyos hombres hablan este admirable idioma en el que se pueden escribir tan lindas cosas. Los caracteres fisonómicos de nuestra raza, su vida, sus costumbres, sus desdichas, sus aspiraciones, están en los versos de Curros trasladados con arte inimitable, arrancando á la verdad sus propios acentos: por eso se lee á Curros en las aldeas donde, aun en aquellos lugares que parece debían estar apartados de todo comercio literario, no es su autor un desconocido.

Lo que aun no puede saberse es á donde llegará. Su obra son, hoy por hoy, los *Aires d'a miña terra*, libro completo, aun desde sus primeras ediciones, que llena un vacío y cumple una misión que ha separado la primera etapa de la vida del autor de las que en lo sucesivo recorra. Inició su carrera con gloria. Mientras no nos presente otro libro de importan-

cia, en cuyas páginas esté escrito otro canto del poema de su existencia literaria, nada podemos preveer, pues nadie sabe los anchos senderos por donde su musa continuará en lo sucesivo su carrera de triunfos.

AURELIO RIBALTA.



THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
540 EAST 57TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637

1968

LA CUEVA DE LA DONCELLA

I

Al extremo de uno de los dos brazos de tierra que aprisionan la hermosa ría de Vivero, avanza sobre el mar un árido peñón, cuya silueta se reproduce en el espejo de esmeralda, formado por las aguas que bañan esta parte de la costa cantábrica. Parece un viejo centinela, apostado desde la aurora de la creación para servir de antemural á las tempestades que se desencadenan en dirección á la citada ría, y para hacer de esta un sosegado albergue que brinde refugio al intrépido navegante.

En la abrupta vertiente de este peñón existe, á flor de agua, una sinuosa y profunda cueva que afecta la forma de grosero arco ojival, cuyos estribos se pierden en el fondo del proceloso elemento; el cual arco debió ser labrado por los embates de las olas, y por filtraciones perennes que, hendiendo las resistentes rocas y originando caprichosas concreciones estalactíticas, han concluido por imprimirle el

aspecto que ofrecería la boca desmesurada de giganteo monstruo marino. Hállase, con efecto, este arco, erizado de varios dentellones de granito, que ora penden de la agrietada bóveda, ora surgen de lo interior de las aguas: así es que, cuando las rompientes del mar penetran en este cavernoso antro, parte del mismo una vibración que remeda gemido hondo, intenso, y semejante al que exhala atribulado prisionero desde el fondo de lóbrego y subterráneo calabozo.

El experto marino se aleja de esta temida gruta, cual si albergara una sirena apercebida á desorientar con sus cantos melodiosos la confiada nave: las almas apasionadas la contemplan con tristeza y aflicción, al evocar los recuerdos enternecedores que despierta: el vulgo la mira con ojos de supersticioso terror: y únicamente el mar, exento de pusilánimes temores é indiferente á todo linaje de desdichas, la azota con incesante furia, como si se propusiera destruir todo lo que opone á su majestuoso paso formidable barrera.

¿De qué trágicos ó maravillosos sucesos ha sido teatro esa siniestra cueva llamada desde muy antiguo la *Cueva de la Doncella*, para que así inspire conmiseración en los menos y supersticiosos presentimientos en los más? Te lo voy á referir, lector amigo, si, armado de calma y de paciencia, te resignas á seguirme por los intrincados caminos de esta curiosa narración, que someto á tu imparcial juicio.

Una tradición, nacida al calor de la fantasía exuberante de nuestros antepasados, localiza en esa cueva el desenlace infausto de un interesante drama, aparejado de episodios tiernísimos, que conmueven el corazón, y hacen vibrar sus cuerdas más delicadas. Idearon el argumento y la trama de ese drama peregrino, á que la tradición se refiere y que lleva impreso el sello de las leyendas escandinavas, ingenios anónimos y desconocidos: figuran como protagonistas intrépidos marineros y pescadoras de incomparable belleza: y fueron teatro de las desventuras que les acaecieron, un apartado puerto del litoral cantábrico, dilatadas playas, pintorescas riberas y el espacioso mar; ese luciente espejo sobre el cual se proyectó, en días más venturosos, mi imagen de adolescente, ese compañero de mi infancia y de mi juventud por el cual he sentido siempre un amor rayano en el delirio.

¡Oh, no os cause sorpresa que hable con tanto entusiasmo del mar, pues me sobran motivos para quererle y amarle, y también para interrumpir, aquí, mi iniciada narración, consagrándole como de pasada un recuerdo querido!

Rodó mi cuna por risueñas y feraces comarcas, cuyas lindes olean las frescas brisas del mar: adormecíanme, siendo niño, los vagos rumores de las olas movidas por el aquilón, y el eco ronco de la bocina del pescador solía despertarme, cuando el alba dibujaba su faja de oro pálido en el oriente, y cuando llamaba á los cristales de mi ventana la madrugadora golondrina para regalar, con su gorgceo encantador, mi oído.

Bañarme en las salutíferas aguas del indomable elemento, mecirme en su anchuroso seno, cabalgar sobre sus movibles lomos, y jugar con su húmeda crin, he aquí lo que constituía el principal encanto de mi juventud: experimentaba igual deleite al cruzar la rizada superficie de la ría, sobre embarcación ligera, pendiente del mástil el blanco lino que, hinchado por el viento, la hacía trazar surcos de bulliciosa espuma, y dejar en pos de sí vistosa y prolongada estela.

Por eso te he amado siempre ¡oh, mar inmenso!; y no sólo te he amado, sino que te amo todavía, y además te venero y admiro, al considerar que en torno de tí todo cambia y envejece, y que tu continuas, no obstante, señoreando los inexplorados abismos que te sirven de lecho, y ostentando tu eterna juventud, sin que el tiempo imprima huella alguna en tu azulada frente.

Perdonésemme esta digresión en gracia á los dulces sentimientos en que se inspira. ¡Es tan grato al alma solazarse, á través del tiempo y de la distancia, con los recuerdos del bien perdido!

Reanudo en tanto, mi interrumpida narración.

Decía, hace poco, que fué, sino el único, el principal teatro del dramático suceso, que motiva mi trabajo, un apartado puerto enclavado en la abrupta costa cantábrica. Formábanlo, en gran parte, humildes barracas de rudos pescadores, convertidas hoy, en esbeltas casas que se miran con orgullo retratadas en las cristalinas aguas de la ría, que alimenta con su abundante caudal el poético Landro. Guárcele el puerto y su apacible concha del furor de los vientos, amplio anfiteatro de montañas, de las cuales son continuación las peladas cordilleras y empinados promontorios que se eslabonan por aquel lado de la costa.

Tal es el hermoso puerto de Vivero, mi patria adoptiva, y mi villa predilecta, pues en ella sonrieron á mi existencia los dorados sueños de la infancia y las ilusiones de la juven-

tud, acibaradas ¡ay! en la edad madura por el dejo amargo de las decepciones.

Por las dilatadas playas de este puerto querido discurría á la ventura en mi aturdida niñez, no sin acercarme, muchas veces, á los pintorescos grupos que formaban ancianos marineros, ganosos por lo común de confortar sus entumecidos miembros al amor de los tibios rayos del sol de otoño, y de comunicarse, además, sus chispeantes dichos, sus cuentos singulares y sus peregrinas historias. Oíles una mañana hablar de la *Cueva de la Doncella*, del doliente gemido que partía de su seno, y de las cuitas de la bella prisionera abandonada á su soledad y á su infortunio, pero de una manera tan deficiente, contradictoria y vaga que, con ser la vez primera que escuchaba la relación de aquel maravilloso suceso, no quedó satisfecha mi infantil curiosidad, antes bien comenzó á avivarse más y más con los apremiantes estímulos de lo nuevo, de lo extraño y de lo sorprendente.

Entrado en la edad de la adolescencia, fueron con los años en aumento mis ansias, y ya ideaba visitar la legendaria cueva, cuando un acontecimiento inesperado vino á apresurar la realización de mis deseos.

Arribó al vecino puerto de Vicedo un vapor inglés de alto bordo, el cual vapor era por todo extremo notable, ora por su elegante traza y grandes dimensiones, ora por las especiales aptitudes que ofrecía para el tráfico con las Indias Orientales, á que lo destinaban sus opulentos armadores. Un suceso de esta naturaleza no podía menos de venir á turbar por un momento la vida monótona que se hace en los pequeños puertos, más accesibles á las tristes soledades del mar, que al bullicio que originan en las grandes ciudades el movimiento del comercio y el estruendo de las artes.

Todos anhelaban ver la tan ponderada embarcación inglesa, hasta el punto de que la general curiosidad concluyó por espolear la mía y la de otros animosos compañeros.

Fletamos, pues, una lancha para ir á visitar el barco, de cuyas eximias condiciones se hacían lenguas cuantos le vieron en los primeros momentos; y en una bella mañana del mes de Mayo zarpamos de cerca del muelle de Vivero, empujados por la rápida corriente que coadyuvaba sobremane-
ra á la ingrata labor de los remeros.

A medida que nos alejábamos del muelle, iban quedando á nuestra espalda el hermoso puerto, cuya risueña perspectiva realzaban los fúlgidos rayos de un espléndido sol de

primavera: el soberbio puente de doce arcos que atraviesa la ría, y, fronteriza al mismo, la blanca capilla de la Misericordia, con su gallarda espadaña. Bien pronto la embarcación comenzó á advertirnos con sus ondulantes vaivenes que montábamos la barra: luego que la traspusimos, esquivando en cuanto nos fué posible, su recio oleage, izamos la flexible lona en la cual comenzaron á gemir dulcemente las odoríferas auras que llegaban de tierra, y que rizaban ligeramente la mar sin conmover su fondo. Reinaba el viento del nordeste, lo cual nos obligaba á navegar en bolina para ganar el barlovento. Hicimoslo así, y logramos embocar, en ocho vueltas, el puerto del Vicedo, después de dejar por la banda de babor las islas Gabeira y Colleira. Ya en la boca del puerto, nos era el viento propicio, el cual nos llevó, en un largo, hasta atracar al costado del famoso vapor.

Arbolaba de goleta de tres palos este flamante buque: su casco medía una eslora de gran extensión: su bodega contenía millares de toneladas de carga: y su proa estrecha y afilada, cual acerado cuchillo, soportaba bajo el bauprés una figura escultural, que representaba á Neptuno en actitud de clavar el férreo tridente en las olas embravecidas. La fuerza motriz del vapor hacia la labor de muchos hombres, y aún de heterogéneos elementos, en este bien ordenado barco. Movía su flotante vaso, imprimiéndole una velocidad ó marcha de 17 millas por hora; operaba la carga y descarga de mercancías; y levaba con titánico empuje las pesadas y resistentes anclas. El corte de esta embarcación era gallardo, el conjunto bellísimo y armónico, y las condiciones marineras, superiores á todo encomio, al decir del equipaje y pasajeros. No parecía, sino que se veía á dicho buque hender los procelosos mares con celeridad vertiginosa, á juzgar por las simétricas proporciones y primorosos contornos de su esbelto vaso, dechado de perfección, y ajustado en un todo á las leyes de la hidrostática. Portaba, finalmente, dos lanchas de vapor de bastante capacidad y manga, aunque de reducido puntal; y, como eran de poco calado, servían, luego que este soberbio barco llegaba á la India Oriental, para remontar, cargadas de mercancías, el curso de los ríos que fecundan las extensas y apartadas regiones, cuna un tiempo de las creencias brahmánicas y de la filosofía de los Vedas.

Después de visitar esta curiosa nave, nos apercebimos á regresar, emprendiendo ruta diferente de la que habíamos traído. En lugar de poner la proa en dirección al punto cén-

trico de la boca de la ría, decidimos venir vogando al son de tierra y á lo largo de un canal que se interpone entre ésta y las islas Colleira y Gabeira. Bien pronto una rompiente de mar que se estrellaba contra un peñón ó punta de la costa, vino á atraer nuestras miradas y á excitar la común curiosidad. A medida que avanzábamos hacia él, venía á herir nuestro oído, de un modo más claro y perceptible, la sonora vibración que remedaba, con efecto, un gemido. Al poco tiempo, llegamos frente al peñón. Ya no cabía, pues, duda: tenía ante mis ojos la Cueva de la Doncella. Contemplé lleno de asombro aquella profunda y sinuosa gruta que se bebía á sorbos las encrespadas olas, y que me enseñaba sus abiertas fauces, ora inundadas de rabiosa espuma, ora tenebrosas y hondas. A cada ola que penetraba en lo interior de la cueva, seguía en breve un gemido, cual si las salobres aguas causarían sensación penosa á algún misero cautivo, recluso en aquel insondable antro, por misteriosa manera.

¡Aún lo recuerdo, como si fuera hoy! Espiraba la tarde; habíase ocultado el sol tras los altos montes, cuyas crestas coronaban nubes de ópalo y grana; la estrella vespertina enviaba su amorosa luz desde lo alto de la azulada bóveda, las velas de las embarcaciones pescadoras se columpiaban, ligeras, sobre las rizadas aguas; las aves marinas cruzaban el espacio con vuelo presuroso, cual si se afanasen por llegar pronto á sus nocturnos albergues; el monótono graznido del cuervo se dejaba oír sobre los picachos de los islotes próximos y alternaba con el ronco estruendo de las rompientes del mar: la naturaleza, en suma, se impregnaba de ese tinte melancólico que le presta el crepúsculo, y se apercibía á envolverse en el manto misterioso de la callada noche.

Influido por el conmovedor espectáculo que se ofrecía á mi vista y por los tristes misterios que se encerraban en aquel perforado peñón que así se me presentaba en toda su salvaje realidad, sentí, en aquel momento, una emoción parecida á la que experimentó el misántropo bardo inglés, cuando al pasar cerca del promontorio Leucade, recordó las desventuras que afligieron al canoro cisne de Lesbos, á la tierra é incomparable poetisa que, víctima de un afecto no correspondido por el ingrato Faón, se despeñó al mar, cual si quisiese templar, al contacto de sus olas, el amor en que se abrasaba.

Por lo demás, mis ojos no se separaban un punto de aquella fatídica gruta que atraía mi espíritu con fascinación

irresistible, en tanto que las olas pugnaban por empujar nuestra frágil lancha contra el peñón. De pronto, volvió á sonar otro gemido que repercutió desgarrador en mi desfallecido corazón, y que heló de espanto al patrón y á los marineros.

Oírlo el patrón Martín—que así se llamaba—palidecer, y reflejar en sus dilatados ojos la indecisión y el temor, fué toda obra de un momento. Mas, súbita inspiración vino á reponerle de su sorpresa, y exclamó en seguida, dirigiéndose á la tripulación, con enérgico acento:

—¡Muchachos: vogar de estribor!

Cual gallardo corcel que, embazado en lodazal profundo, sale del apurado trance en que se halla, merced á la destreza del jinete que le rige con la brida, así nuestra embarcación, luego que los marineros vogaron en la dirección que el patrón les ordenara, comenzó, dócil, á desviarse de la costa y de las rompientes y á poner su proa en dirección al medio del mar.

Ya conjurado aquel peligro y mitigadas un tanto las primeras impresiones, encontré una oportunidad para interpelar al patrón sobre la *Cueva de la Doncella*. Pedíle, pues, con vivas instancias me refriese la peregrina historia terminada con infausto suceso en la gruta marina que acabábamos de tener á la vista, y aquel honrado cuanto sencillo marinero definió sin gran dificultad á mi apremiante demanda.

Cayó empero, antes de comenzar su relato, en una abstracción mental, y al par de mental, profunda, semejante á la de aquel que intenta refrescar sus recuerdos, desalmacenarlos de la memoria, depurarlos en el crisol del raciocinio y de la crítica, para emitirlos, á la postre, con orden y lucidez. La labor fué prolija y nada breve en verdad. Se veía á Martín meditar con aire taciturno y con ceño caviloso, puesta la diestra mano en la caña del timón, y llevando, á ratos, la siniestra á la pipa para sacarla de la boca, y arrojar corrientes de humo que, en caprichosas espirales, se llevaba y desvanecía el viento.

Al fin, este meditabundo hijo de Nereo, después de mantenerse algunos minutos silencioso como una esfinge, habló, y le escuché con la religiosa atención que prestaba en mi niñez á mi santa madre durante las veladas del invierno y cuando mis ojos, indóciles al grato sopor del sueño, se posaban con amor en los de aquella angelical mujer para espre-sarle el deleite con que yo recibía sus moralizadoras exhor-

taciones y piadosos consejos, dichos con la sobriedad de la parábola y con la sencillez de la homilia.

Algún dato nuevo añadía la relación hecha por Martín á los que yo tenía en cartera: así y todo, la encontré diminuta, vaga en algunos puntos, indecisa en otros, contradictoria á veces, y eché de ver, además, vacíos y omisiones que truncaban la armazón de la fábula y rompían la unidad del conjunto. No desmayé por eso en mi empeño, ni fué presa mi espíritu de vacilaciones y desfallecimientos; antes bien, á partir de dicha memorable expedición, me aguijó, cual nunca, el propósito decidido de llevar adelante la empresa que acometo hoy sin linaje alguno de pretensiones.

Muchos años han transcurrido desde que comencé á acariciar este ideal de mis juveniles empeños; mas este tiempo no ha sido del todo baldío para mí, pues, en el decurso del mismo, fui acopiando aquí y allí los materiales desperdigados, sobre los que se basa mi trabajo. No presumo, ni pretendo haber desentrañado la versión genuina que informó en pasados tiempos esta leyenda, sólo aspiro á impedir que el silencio y la indiferencia la sepulten por completo en la oscura noche del olvido. He la ahora aquí:

(Continuará.)





PLASENCIA, SU ESTUDIO Y SU PALETA

No basta que esté provisto el pueblo de cosas absolutamente necesarias para su conservación y su vida: menester es también, que ésta le sea agradable.

GROTIUS.

Olvidemos por un momento la zozobrosa vida á que nos condenan esas grandes naciones—grandísimas esclavas de su ambición.—Dejemos de mirar hacia esa muda esfinge de nuestro porvenir, que, aterradora, parece haber escogido como hace mil cuatrocientos años, los pueblos bárbaros, para desde allí conturbarnos más fuertemente con el recuerdo, para hacernos más horrible su figura agrandada por la distancia y envuelta en el sudario de las estepas, sobre las que se destaca rígida é inmóvil, negra como visión del infierno, retorciendo sus cabellos de víboras, lanzando traidora y amenazante mirada, cubriéndose á toda prisa la achatada cabeza,

con el brutal casco teutón. Olvidemos que la vista de tan cruel fantasma, ha producido el marasmo en las artes y en la industria, la angustia en el espíritu creador; y sino podemos olvidar tanto, abriguemos la esperanza de que esa amenaza de una catástrofe, desaparezca fundida con las nieblas del Rhin, como desaparecerá del mapa la gran Germania, convirtiéndose de nuevo en lo que fué porción de Europa federada, más útil que hoy á la ciencia y al arte: que á la federación—en muchas naciones con el nombre de regionalismo—marchan los pueblos, empujados y guiados por la necesidad histórica y el problema de la descentralización administrativa. Abriguemos sí, esa esperanza, única solución á esta crisis porque atravesamos, con la seguridad firme de ver muy pronto cómo las grandes nacionalidades se destruyen y desmoronan, y recobran arte, ciencia é industria, la vida que este desequilibrio actual les ha arrebatado. Mientras tanto, y á fuer de estímulo y de recreo del espíritu, como ilusión sublime que interrumpe un momento el curso pavoroso de nuestra incierta existencia que guarda en lo insondable el porvenir, subamos á prisa las escaleras del templo, que al arte acaba de erigir el pintor más viril de España, Plasencia, y allí viviremos, vida distinta, vida serena, inundados de luz, de color y de armonía.

*
* *

Todo templo tiene su perístilo y mayormente los templos paganos cual es éste, por razón de la deidad que dentro de sus muros se guarda y venera; deidad hermosa, que aun siendo la creadora de Venus y Minerva, Apolo y Júpiter, personajes divinos *non sanctos*, sólo puede existir formada del duro mármol de la verdad, de la bondad pura é inmaleable, y de la belleza seductura y noble, que ejerce sobre el espíritu atracción irresistible, voluptuosidad ideal, algo así, parecido al vértigo de lo infinito. El Perístilo de este santuario del arte, es el taller donde se inician en el sacerdocio sublime los discípulos de Plasencia. Tapices, muebles antiguos de severa estructura, vaciados del *antiguo*, bocetos de grandes pinturas decorativas del maestro dan á este primer estudio—digna antesala del suntuoso que Plasencia alhajó para sí—aspecto de grandiosidad á la par que anuncia dignamente el esquisito gusto que preside en todo lo que á Plasencia per-

tenece. En este primer Estudio ó Taller--como diría cualquiera de nuestras demoiselles á la francesa--reina, á intervalos, el silencio. Colocado el modelo en la tarima, recibiendo de lo alto luz suave que le inunda y se reparte tranquila por los pliegues de la vestidura monjil ó por las blandas curvas del femenino desnudo, el ambiente que allí se respira se siente caldeado por el entusiasmo más santo y noble que puede inflamar el espíritu y que hace pulsar febrilmente los pinceles á los discípulos de Plasencia, sus amigos cariñosos. Los tapices que decoran el salón, con sus apagados colores, los antiguos arcones, las figuras ideales de los grandes bocetos que adornan las paredes, las estatuas y vaciados, reproducciones exactas de las obras clásicas del paganismo, concurren á la obra de la iniciación, imprimiendo al propio tiempo alto y severo concepto del arte en el gusto estético de los noveles pintores que allí se educan.

En el centro de uno de los testers de este primer Estudio, cubierta por tupida y rica drapería del siglo XVII, está la puerta de acceso al gran taller del maestro: levantado el pesado y riquísimo portier del otro lado, de terciopelo azul franjeado por esquisita orla de seda y oro, gusto de Luis XIV, aparece á la vista el gran salón donde Plasencia trabaja.

Moderada la luz de la inmensa lucerna cenital por una ingeniosa combinación de cortinas, ilumina blandamente la fastuosa estancia, cuyas paredes forradas con rico *peluche* de cuatro tonos distintos, están encuadradas por anchas fajas de tisú bordado de terciopelo y oro, tegido en la decimasétima centuria. El friso ó zócalo, de más de un metro de alto, es de cuero de Córdoba sujeto con filetes y canecillos de nogal tallado; las cuatro puertas del salón están cubiertas por otros tantos *portiers* de peluche azul marino claro franjeados por anchas fajas de la misma tela de oro y tisú como las de las paredes, y de la misma época; coronando tan esquisitos cortinajes, guardamalletes de drapería, también del siglo XVII, verdaderas maravillas de bordado y buen gusto.

Hacia el centro del salón se ve el trono erigido á la Belleza; es de nogal tallado y su forma cuadrada. Se sube á él por cuatro peldaños sostenidos por esbeltas columnitas, y sostiene el tablero central, hecho de menudas láminas de madera, ligerísima arcada neo-románica, y superpuesta, una como barbacana, también del estilo. Sobre este mueble *pone* el modelo, que á los ojos del artista adquiere el carácter de

divinidad; y por cierto que la última figura que Plasencia ha pintado, sólo podía tener por escaño de exhibición, tal trono. La deidad mitológica "Julio", que creó el maestro, es una maravilla de hermosura varonil y clásica elegancia.

El historiador y el filósofo, el poeta y el artista, la dama atildada y aristocrática, como el político que busca la solución de los grandes enigmas de la gobernación del Estado, pueden, una vez más, aprender en este templo, cuán grande es el valor del arte, socialmente considerado, y cuánto significa. De no significar nada dentro de las sociedades que fueron y de las que son, de no considerarse esa entidad mas que como accesorio de lujo, sin el cual puede marchar perfectamente el complicado mecanismo social, es preciso considerar innecesarias también la historia, la literatura, la filosofía, toda cuanta ilustración ha trasformado, educándolo, el espíritu, trayéndonos el medio para soportar las terribles incomodidades anejas á la lucha por la vida. En el orden moral, como en el físico, existe relación íntima tan grande, que, á faltar esa relación, desaparecería por completo el hombre, quedando únicamente la materia, más fácil á la muerte que la del más pequeño insecto de la escala zoológica, por cuanto, la naturaleza le ha dotado de condiciones físicas suficientes á resistir las naturales alternativas á que aquella está sujeta, con arreglo á leyes ineludibles y sempiternas.

Por lo que respecta á la elevación de estas reflexiones en el orden filosófico—no lo ignoro—pueden y deben considerarse como inocentes vulgaridades, pero entiendo que, precisamente la vulgaridad de un raciocinio en esta esfera, tiene por base la realidad indiscutible del hecho, ante el cual no hay sofisma, ni retórica frase, que anule en un ápice verdad, si tan inocente, tan lógica. Bien lo han comprendido todos los pueblos que algo significaron en la antigüedad y que hoy significan, así que, descartando ciertos monumentos históricos y ciertas individualidades, que únicamente brillan por un lado, el más rutinario, según su idiosincrasia, podemos asegurar que aún el cultivo del arte es verdad, y que todavía se le rinden parias. Díganlo entre nosotros Pradilla, Domínguez, Ferrant y Plasencia, cuyas paletas han admirado propios y extraños: dígalo aquella del autor de la pintura mural más hermosa, que ostenta San Francisco el Grande de esta Corte; allí está esa lámina ovalada de madera, rota y recompuesta cien veces, ostentando tantas heridas cerradas con metal, como jirones cubiertos con hojas de laurel, el victorioso es-

tandarte de un ejército que ganó cien batallas, descansando sobre el pedestal de mármol de lujosa chimenea, recostada, como guerrero inválido en el blando respaldar de *peluche* que forra los muros del Estudio, coronada por guirnaldas de rosas que la forman como corona triunfal. Bien puede mi ilustre amigo querer la vieja paleta como el padre al hijo de su alma, porque ella guarda en cada una de sus grietas una esperanza ó un día de gloria del artista. Con esa paleta ganó Plasencia su pensión en Roma; con esa paleta pintó sus hermosos *envíos*; con esa paleta, ganó la medalla de oro en la Exposición de 1878; con esa paleta ejecutó las más hermosas pinturas murales de San Francisco, y las delicadas decorativas del Palacio de los marqueses de Linares: quince ó dieciseis años de fiebre de gloria; el tiempo suficiente para crearse la reputación artística que se hace universal; el tiempo suficiente para hacerse casi un Creso.

Pero no guarda su caudal como el avaro, al contrario, ofrece con él al arte las más hermosas ofrendas, y todos cuantos al maestro tratan, gozan de ese dinero y de esas ofrendas. Ved sino su Estudio, y en él á Plasencia, amable y franco como un niño, tierno y sensible á la más delicada emoción estética, como una dama; él os recibe y os muestra con deleite, como queriendóos hacer partícipe de su felicidad y de su amor á esa entidad sublime, todo cuanto encierra aquel templo soberbio donde admiraréis reunidas, épocas, pueblos y civilizaciones distintas. Allí veréis las hermosas producciones de la cerámica Japonesa y China, de brillantes y delicados colores; los *bucaros olorosos* del otro lado del Asia; los celebrados platos árabes; armas bereberes; jarrones de Sevres y Sajonia; cristalería de Bohemia y Venecia; tapices persas; bronce de Herculano y Pompeya; armas y armaduras de los siglos XV y XVI; muebles de Luis XIV y Carlos II; arcones de los reyes católicos; lujosos divanes de la moda del día; pieles de alimañas cazadas por él, y en elegantes estanterías talladas, las obras literarias más célebres, las ilustraciones artísticas mas costosas, los libros que con más profundidad han sido escritos acerca de las bellas-artistas.

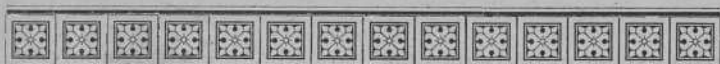
Y sin embargo, Plasencia sueña con un Estudio-Academia todavía mas rico, pero lejos de la Corte, en medio de las montañas de Asturias que escaba el terrible mar Cántabro, por que allí, entiende que es donde, hecha toda abstracción de la vida ficticia de las grandes capitales y á solas con la naturaleza, puede el artista llegar á lo sublime en la interpreta-

ción de aquélla, por el medio plástico, arrancando una á una todas las bellezas con que se engalana, sin que ajenas inspiraciones vayan á interponer su influencia con la mente creadora, y únicamente como cultivo necesario de la inteligencia para que esta tenga lastre suficiente con que sostener á flote el alto concepto que el artista debe poseer para sus obras, estudiar y leer todo cuanto con el arte se relacione y vea la luz pública, por medio de la prensa, en todo el mundo civilizado.

R. BALSA.

Madrid, Junio de 1888.





EL CERTAMEN FOLK-LORICO GALLEGO

Es digna de gran alabanza la idea de un Certamen del Folk-Lore Gallego; pero al ver insertas sus Bases y condiciones en la Revista *Galicia*, II, 422, me he permitido hacer las siguientes consideraciones:

1.^a Creo que no debería ser excluido del Certamen un estudio filológico, con aplicación del método moderno, respecto al idioma gallego, porque éste es la materia prima de toda literatura folk-lorica de Galicia; además, nadie ha hecho todavía ese estudio de un modo extenso y completo. Las gramáticas y diccionarios que hay en el país, aunque muy apreciables, obedecen á otro principio, es decir, son obras prácticas, destinadas al manejo diario del idioma; y el trabajo de T. d'Ovidio, *Mamueletti d'introduzione agli studi neolatini*, Imola 1881, II, 50-56, es demasiadamente corto y sintetizado.

2.^a No sé porqué no puedan ser también escritos en lengua portuguesa los trabajos presentados; no hay más razón

para excluir el portugués que para admitir el castellano, porque, si éste es el idioma oficial de España, el gallego es un co-dialecto portugués; el portugués y el gallego fueron una misma lengua en la Edad-media, como se evidencia en muchos documentos, al paso que el castellano es una lengua perfectamente distinta de aquellas, con su desarrollo especial. La admisión del idioma oficial de Portugal al Certamen sería una prueba más de la fraternidad que ha unido siempre á gallegos y portugueses, y una demostración del afecto con que se tratan estos dos hermanos que viven en las orillas del Miño.

J. LEITE DE VASCONCELLOS.

Lisboa, 20-8-88.





UN PROYECTO

Nadie, que piense rectamente, puede desconocer la suma importancia que caracteriza á la prensa, conquista la más inapreciable de todas las modernas conquistas, como que, ella retrata a la humanidad en sus infinitas manifestaciones, á la manera que se refleja, en el espejo del río, el cielo; y es la mejor hija de Themis, y de la legítima gloria; el laurel de los laureles. "Obra maravillosísima es esta de un periódico," —exclama elocuentemente Emilio Castelar—"obra de ciencia y de arte. Seis siglos no han podido rematar aun la catedral de Colonia, y un día basta para rematar la obra inmensa de un periódico.,,

Pues bien; obra en que tanto hay de notable, no tiene, por lo general, más vida, que la de la flor cortada de su planta. Es que los acontecimientos grandes de la sociedad—y estos acontecimientos son tan raros como los fenómenos de la naturaleza—son los únicos cuyo recuerdo, que equivale á enseñanza provechosa, conservar quiere el hombre.

Así que, con las hojas del interminable libro del periódico, ¡cuántos detalles para la historia, cuántos tesoros de inteligencia, cuántos actos heroicos, cuántos idilios se pierden, cual se pierden en el otoño las de los árboles que dieron vigor á nuestros pulmones y encanto de nuestra vista fueran!

Y cuando el laborioso diplomata pugna por desenterrarlos del polvo del olvido, ¡qué de sacrificios hace en su curiosidad! Poco importaría, es cierto, el hacerlos, si el éxito los coronase dignamente; pero suelen ser infructuosos. Dos ejemplos, entre cien y cien, que me sería facilísimo el ofrecer. ¿Qué resultado dieron, hasta ahora, las gestiones que el eximio literato Sr. Laverde Ruiz encaminó á conseguir un opusculo que, debido al ilustre hijo de Lugo D. Juan Francisco de Castro, se insertó, hace más de veinte años, en un periódico de la ciudad herculina? ¿Conseguí yo, por ventura, encontrar, á pesar de buscarlo afanoso para satisfacer á ilustrado editor, un ejemplar de antiguo periódico de mi pueblo que contiene excelente, pero desconocido artículo de poeta renombrado?

Evitemos este mal; procuremos que la venidera generación tenga, para conservar las glorias de hoy—en la prensa regional publicanse de vez en cuando verdaderas joyas literarias—que hacer los esfuerzos heroicos que nuestros contemporáneos hacen á fin de perpetuar las de ayer.

El remedio es muy sencillo.

Según un correcto principio de derecho, preferible á condenar á un inocente es el absolver á muchos culpables. También, en mi concepto, es preferible conservar un montón de papeles poco interesantes para el porvenir, á que desaparezca uno utilísimo.

Pues bien: suscríbanse los Ayuntamientos—base de toda nación bien constituida—á un ejemplar de cada uno de los periódicos que en sus respectivos pueblos vean la luz, encuadérnenlos al cabo del año, como encuadernan la *Gaceta de Madrid* y el *Boletín oficial*, para consultarlos, gran número de tribunales de justicia y oficinas del Estado, y formen una biblioteca de la prensa. Este servicio no gravaría sus presupuestos como lo gravan ciertas cosillas, el importe, por ejemplo, de los cohetes que se disparan en honor de cualquier cacique, acaso por sembrar la venenosa semilla de la discordia entre sus representados; y dicho servicio, en cambio, sería uno de los mejores que prestar pueden.

Tal es, para mí, la prensa, que, con ella á la vista, mu-

chísimo tendría adelantado la inteligencia que se propusiera escribir la historia de un pueblo.

¿Seré tan afortunado que estas inconexas líneas sean atendidas por los Municipios de Galicia?

El tiempo lo dirá.

MANUEL CASTRO LÓPEZ.





EPIGRAMA

N'o Brasil, un comerciante
Õ ditarme en limpo a nota
D'unha carta enteresante;
Por fero ataque de gota,
Quedouseme morto, diante.

Õ ver tal, puxen, tristeiro,
Posdata pra o dito en vante,
Dicindo: "Amigo Barreiro,
Anque firméi; n-este istante
Morrin; hoxe, tres, frebeiro.„

JOSÉ PÉREZ BALLESTEROS.

THE PRIMA

THE PRIMA, a new and
entirely different
type of music, is
the beginning of a new
era in music. It is
a new and entirely
different type of
music, and it is
the beginning of a
new era in music.
It is a new and
entirely different
type of music, and
it is the beginning
of a new era in
music.



LOS TRES EXPÓSITOS

POR

D. MARCIAL VALLADARES NÚÑEZ (1)

II

Indalecio, destinado en 12 de Diciembre de 1873 al depósito de instrucción de quintos de Castilla la Vieja, fué alta el 16 en este depósito, donde permaneció el resto del año, bueno sí, pero sintiendo muchas *soledades*, mucha nostalgia, esa especie de enfermedad que aqueja á casi todos los jóvenes de nuestra patria la primera vez que dejan la tierra en que nacieron, ó se deslizó su infancia; *soledades* que pronto la vida de cuartel y el roce con sus camaradas amortiguaron, transformándole en otro hombre, bien que religioso siempre y observante fiel de sus deberes, no menos que de los sabios

(1) Véase el número 7.

consejos de sus adoptivos padres, á quienes escribió muy sentida carta.

Hallóse en los acontecimientos que el 14 de Enero de 1874 tuvieron lugar en Valladolid, y el 24, soldado ya de la 2.^a compañía del Batallón Reserva del mismo Valladolid, número 27, salió para Vitoria, en cuyo punto quedó de guarnición hasta el 9 de Abril que marchó á Santander, donde, reunido su Batallón, formó con él parte del tercer cuerpo de ejército al mando del general Marqués del Duero. El 13 embarcó en el vapor Covadonga para Santoña, llegando á Laredo el 16 de Junio y quedando allí de instrucción hasta el 26 que, emprendidas las operaciones militares, asistió á las acciones de los días 28 y 30 en las Muñecas y Peña de Galdames, entrando en Bilbao el 2 de Mayo, por lo que adquirió derecho al uso de la medalla conmemorativa. Veámos lo que á sus adoptivos padres decía en una segunda carta que les escribió antes de salir de Bilbao:

“Amados padres míos: Me alegraré que estas cuatro mal formadas letras lleguen á sus queridas manos y los hallen disfrutando completa salud, como yo para mi deseo. La mía buena, á Dios gracias, para lo que VV. gusten mandar, que lo haré con gran contento y fina voluntad, según es de mi obligación. Sabrán como hace 15 días que no mudé camisa limpia y andamos por estas tierras batiendo á los carlistas, con la vida en un hilo y llevando tan terribles sustos, que una cosa es decirlo y otra verlo aquí nosotros. Pidan VV. á Dios por mí, que yo también pido por VV. y, aunque nõ rezo el rosario muchas noches, ni oigo misa algunos domingos y días de fiesta, con motivo de nuestras marchas y contramarchas, traigo siempre sobre mi corazón el escapulario que V., madre mía, me echó al cuello, y procuro rezarle algo.”

“Estoy de prisa que va á salir el Batallón. Memorias á mi querido hermano Liborio y á cuantos por mi pregunten y VV. recíbanlas á medida de su deseo de este su hijo que los ama y ver ansía,

Indalecio.”

“P. D. Me contestarán, dirigiendo el sobre á Indalecio Rey, soldado de la 2.^a compañía del Batallón Reserva de Valladolid, n.º 27. Bilbao, ó donde se halle.”

Salió de Bilbao el 4 y, recorriendo varios pueblos de las provincias vascongadas, entró el 16 en el hospital de Me-

dina de Pomar, incorporándose á su Batallón el 7 de Agosto en Lerín. El 11 del mismo Agosto salió para Oteiza; asistió á la acción librada en sus cercanías al mando del Teniente General Moriones y, vuelto á Lerín, quedó allí de guarnición hasta el 30 de Septiembre que, pasando á la 5.^a compañía del primer Batallón del Regimiento infantería de Zaragoza n.º 12, incorporado luego al de operaciones de Tafalla en la provincia de Navarra, anduvo por aquellos pueblos y se halló el 27 de Enero de 1875 en el levantamiento del bloqueo de Pamplona y operaciones practicadas hasta la toma de Puente la Reina, el 3 de Febrero.

Contestadas por mano de Liborio, de la manera tierna y afectuosa que es de suponer, las citadas cartas que á sus adoptivos padres había escrito, y como en Puente la Reina, Obanos y Segaróla estuviese hasta pasado Agosto, escribióles otra y otras por el estilo de la que insertamos.

El 3 de septiembre hallóse en la acción de Aeriz y el 20 en la toma de Ituarte. El 7 de octubre volvió á Oteiza y allí permaneció hasta 1.º de Diciembre que fué á prestar servicio en las alturas de Ituarte y Villalba. Luego, su Regimiento fué destinado á formar parte del ejército de la izquierda y marchó entonces para Logroño, á donde llegó el 30.

De operaciones en la provincia de Álava y acantonado el 2 de Enero de 1876 en Briones, subsistió allí hasta el 26 que salió también de operaciones para Bilbao, hallándose el 30 en la toma de Villaro y acción de Arteaga; el 4 de Febrero en la de Zornoza; el 5, en la de Abadiano y el 13, en la de Elgueta, todas á las órdenes del General D. Antonio del Pino, bajo la dirección del General en jefe del ejército, D. Genaro de Quesada. Después marchó á Vitoria, en cuyo punto y pueblos inmediatos anduvo hasta principios de Abril, bastante disgustado, pues cartas de Margarita le participaban cómo Simón, su adoptivo padre, estaba en cama enfermo hacía tiempo, sin grandes esperanzas de mejoría. Escribióles nuevamente, con todo el amor de un hijo y consolándolos con la noticia de que, si, como hasta entonces, Dios y la Virgen le protegían, no tardaría mucho en correr á su lado y ayudarlos en lo que pudiera.

El 6 de dicho Abril pasó con su Regimiento al distrito de Navarra, quedando acantonado en la raya hasta fin de Mayo que marchó á su casa con licencia ilimitada y fué alta en el Batallón Reserva de Pontevedra n.º 21, con destino á la 1.^a compañía.

Comprendido en el artículo 1.º del Real decreto de 19 de Marzo del mismo 1876, concediósele un año de rebaja para optar á su licencia absoluta, la cual, cumplido el tiempo de su empeño, sin fea nota en su conducta, antes mereciendo bien de la patria, le fué expedida en 30 de Abril de 1878.

(Continuará.)



LA COMERCIAL:

Establecimiento Tipográfico de la Papelería de Ferrer

REAL, 61.—LA CORUÑA

1888